

CONTRATO

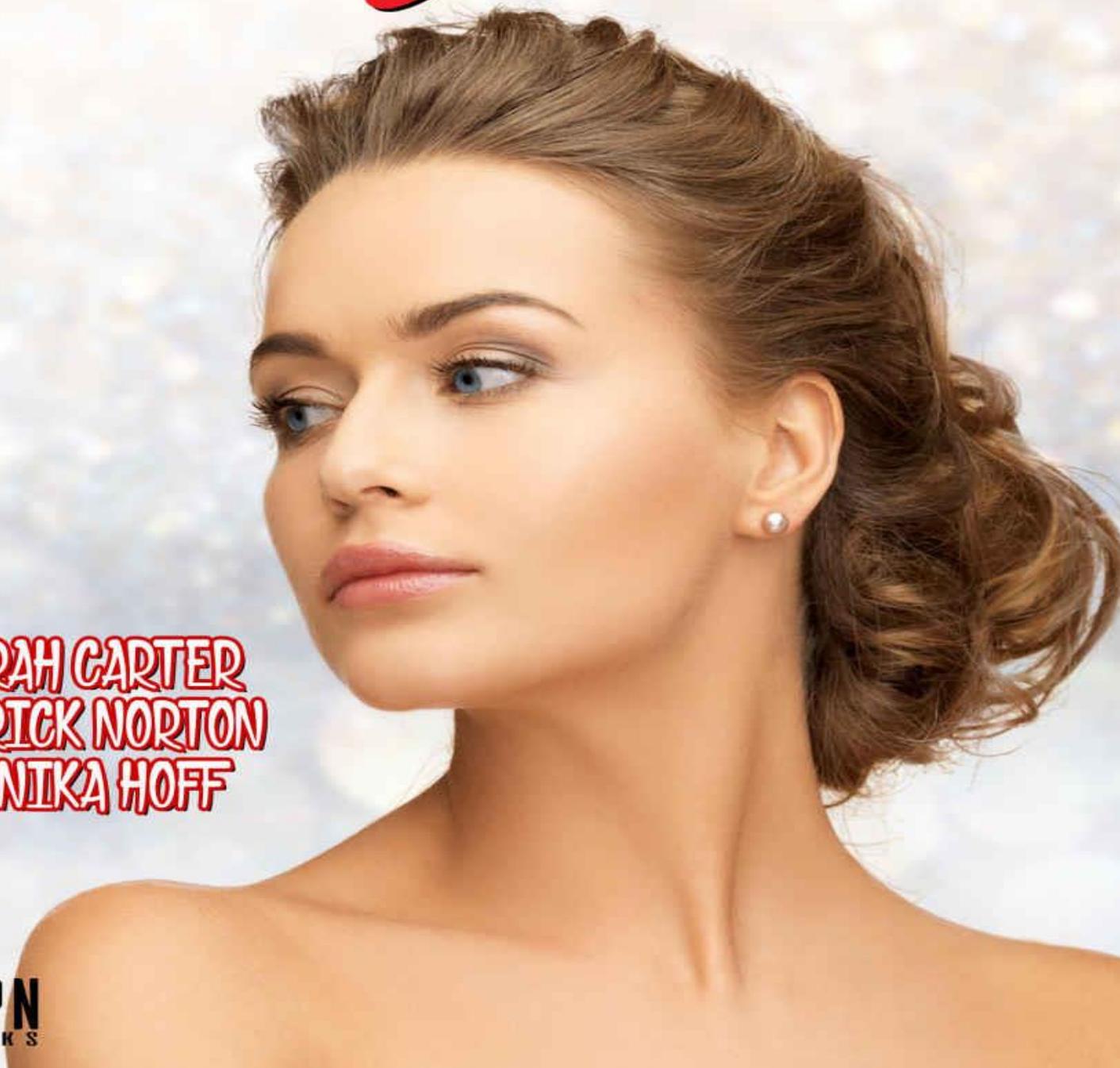


Un juego muy
Peligroso

LIBRO-2

NORAH CARTER
PATRICK NORTON
MONIKA HOFF

MPN
BOOKS



Un juego muy peligroso 2

Norah Carter—Patrick Norton —Monika Hoff

Título: Un juego muy peligroso 2

© 2017 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ªEdición: Enero, 2017.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Quería morir.

Cuando salí del avión, parecía que el mar me hubiese escupido a la playa como un fardo o un trozo de madera. Estaba indefensa y sentía que la impotencia iba a ser una de mis aliadas de por vida.

Me esperaba Alejandra. Las amigas nunca fallan. Amigas como ella son las que hacen que la vida merezca la pena. Al verme, ella también rompió a llorar. Sabía que mi apariencia era la de una mujer destruida.

Quizá esa expresión se queda corta para definir lo que sentía en aquel momento.

No era yo.

Sentía que yo era otra persona a la que habían machacado lentamente. Como una idiota, había creído que Ethan apreciaba mi generosidad, mi entrega, mi forma de hacerle sentir un placer íntimo e indescriptible. Como una idiota, había creído que el juez podía llegar a quererme algún día. A veces, en las películas suceden cosas así, pero lo que yo había vivido no tenía nada de película.

No voy a negarlo. Estaba pillada por aquel cabrón y aquel cabrón había renunciado a mí, me había forzado a sentirme sucia, a desear que no existiera otra cosa en el mundo que la perversión. Ethan había sido perverso y manipulador y yo, al firmar aquel contrato, le había dado licencia para que lo fuera, para que finalmente me demostrase que no era ese hombre encantador y sensible que yo había conocido.

¿De qué servía engañarme? Había sido una mujer codiciosa, había sido una imbécil, una mujer que pensaba que la vida, mi vida, mi futuro, se basaría en una vivencia sostenida por el placer más exquisito. Y yo era una triste dependiente, maleducada, que solo daba voces.

Durante el vuelo me dio tiempo a pensar en muchas cosas. ¿Había firmado aquel contrato porque lo amaba? ¿Había firmado aquel contrato porque estaba harta de la rutina?

No lo sabía con certeza, pero había cometido un error, el error más grave que podía haber cometido alguien como yo. Y ese error no era otro que la pereza. La pereza a no querer superarme, la pereza a no saber quién era Ethan más allá de un cuerpo de infarto. Había sido perezosa hasta para dudar, pues creía que todo iba a ser tan fácil como firmar un cheque en blanco y ser la acompañante de un juez que se iba a tomar dos años sabáticos para viajar por el mundo y uno de ellos quería que estuviese a su lado.

Me cago en *Pretty Woman* y en todas las comedias de amor que me habían llenado la cabeza de pájaros. Estaba desatada, estaba deseosa de triunfar en mi propia mediocridad y, bravo por mí, eso es lo que había conseguido. Ser una fracasada, una mediocre, una perezosa, una mujer insultada por un hombre que prefería callar antes que confesarme que no era el hombre maravilloso que decía ser.

Alejandra me besó en los labios y luego en mis mejillas húmedas por las lágrimas. Nos fundimos en un abrazo mientras la luz del amanecer nos barría, mientras nos perdíamos en una corriente de viajeros que se movían sin cesar de un extremo a otro de la terminal.

No nos dijimos nada. Me cogió de la cintura y nos sentamos a tomar un café.

—Necesito algo caliente, Alejandra.

—Lo sé. No te preocupes. Necesitas un café y yo también.

—No sé por dónde empezar. No sé... —temblaba al hablar.

—No hables ahora, por favor.

Nos sentamos una frente a la otra. Los ojos vidriosos de Alejandra me estremecieron. Pasó un rato largo antes de que una de nosotras se decidiera a decir algo.

—¿Puedo confesarte una cosa? — preguntó ella con timidez.

—Sí, claro. No me voy a asustar a estas alturas.

—Nunca te he visto así antes, Maika. ¿Qué demonios te ha pasado?

Callé durante unos minutos. Mi mirada se perdía en el vacío. No la miraba a ella. No quería mirarla a los ojos. Estaba avergonzada. Me sentía ridícula.

—No sé qué he hecho.

—No has hecho nada malo. Has vuelto a casa y ya está.

—No puedo creer que haya sido capaz de cometer un error tan grave.

—No seas idiota. Podía haber sido peor Y yo te animé. Yo te dije que, en tu lugar, habría hecho lo mismo. Fui una idiota.

—La única idiota que hay aquí soy yo. No sabes el miedo que he pasado hasta llegar hasta aquí.

—Claro que no lo puedo imaginar. Pero ya estás en casa.

—No estoy en ninguna parte. Me dan ganas de quitarme de en medio — exclamé con ira.

—No digas eso ni en broma. No sé qué haría sin ti, Maika. Entiendo que estés jodida. Pero podía haber sido mucho peor.

—¿A qué te refieres? — pregunté mirándola a los ojos.

—Imagina que ese tío formara parte de una red de prostitución. Hay toda una mafia alrededor de eso. ¿No lo pensaste?

—Es un juez. ¿Cómo iba a pensar eso? Sus palabras eran totalmente creíbles. Firmé el contrato convencida de lo que estaba haciendo.

—Aunque sea un juez, el tío es un manipulador y te ha tratado como una mierda. Hay jueces y policías metidos en asuntos muy sucios.

—No lo había mirado desde ese punto de vista. Ethan parecía tan encantador...

—Encantador de serpientes, Maika — me interrumpió con tono enérgico. — Todos los días amanecemos con noticias terribles de trata de blancas.

—Mierda de Pretty Woman — dije con desagrado y conteniendo de nuevo el llanto.

—Mierda de todo — protestó mi amiga cogiéndome la mano.

—No estamos llamadas a ser princesas, ¿verdad? — pregunté con aire infantil.

Cuando dije eso, Alejandra se limitó a sonreír mientras una balada triste sonaba de fondo en aquella cafetería.

—Somos unas princesas especiales, Maika.

—¿Qué quieres decir con eso? — pregunté esbozando una sonrisa.

—Que somos princesas a nuestra manera, con nuestros vestidos de tubo y nuestros tacones de aguja, con nuestro gin-tonics en un parking de discoteca mientras unos chicos que no valen nada nos devoran con los ojos. Somos princesas de extrarradio, condenadas a ganar mil euros al mes porque no nos salió del coño estudiar, condenadas a que nuestro futuro marido engorde lentamente y se quede calvo, y a que nosotras echemos un culo de hipopótamo después de dar a luz a cuatro hijos. Nosotras somos esa clase de princesas, Maika. Desengáñate.

—Joder, qué negro lo pintas.

—Es el destino de la mayoría de chicas como nosotras. Nos levantamos un día y creemos que nos vamos a comer el mundo. Pero el tiempo pasa y el mundo nos come a nosotras y nos damos cuenta, como lo has hecho tú en este momento, que Pretty Woman es una mierda de película y que una puta jamás puede ser una mujer feliz — sus duras palabras sonaban a verdad.

Alejandra sorbió del café. Apoyó la mano en su barbilla y giró la cabeza. Movía nerviosa una de sus piernas como si pisara un pedal invisible.

—¿Qué voy a hacer con mi vida, Alejandra?

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer? — canturreó sonriendo.

—Sí, ¿Qué voy a hacer?

—Lo de siempre. Volver a la tienda. Ser feliz y pobre. Buscarnos problemas en las discotecas los sábados por la noche. Ligar con jugadores de fútbol de Tercera División, hacer fotos a nuestras heces, mandarnos emoticonos antes de dormir y pelear por un sueldo de mierda todas las mañanas. No nos queda otra.

—Tienes razón. No esperaba que fueras tan sensata. Es un momento muy jodido para mí.

—No fui sensata cuando te dije que habías hecho bien en firmar. Yo la he cagado también en este asunto —repuso con tono de arrepentimiento.

—Aquí solo hay una culpable y soy yo — dije con actitud de mártir.

—Debes olvidarlo todo.

—No va a ser fácil, Alejandra. Estaba muy pillada por ese tío, pero acabó portándose como un cerdo.

—¿Cómo has podido ser tan valiente, Maika?

—No he sido valiente. He sido una temeraria. La policía ha estado a punto de detenerme. Podía haberla cagado aún más.

—Vienes sin maleta y sin nada. No quiero verte así. Nos vamos para casa ahora mismo. ¿Cómo has cometido esta locura?

—Me asfixiaba, Alejandra. Me asfixiaba — repetí con el corazón encogido.

No soltaba la mano de mi amiga. Su mano era el único asidero que yo tenía para no volverme loca del todo.

—Vi cosas muy raras en Ethan y su actitud me empezó a parecer repulsiva. Entramos en un juego muy peligroso donde temí que me hiciera daño, que ese contrato, donde yo era una acompañante, se convirtiera en un pretexto para abusar de mí cuando a él le pareciera. Y no me refiero al sexo, sino a su forma de tratarme, de callar, de mirarme con odio, de silenciarme, de obligarme a permanecer encerrada para que no le causase problemas.

— ¿Temiste por tu vida? —preguntó ella con expectación, mordiéndose el labio inferior.

—Por esa razón, hui. No quería ser un mero objeto. No quería ser su puta. Y empezó a darme miedo, mucho miedo. No era el hombre que había conocido aquí.

—Maika, fuiste su puta al firmar ese contrato.

—Yo no lo vi entonces así. Lo vi como un juego, como una fantasía sexual hecha realidad, como una forma de conquistarme. Todo eran ventajas, Alejandra — argumenté como una ilusa.

—Te equivocaste. A mí también me pareció muy atractivo, pero no. Ahora veo que no.

—Somos princesas especiales — dije con ironía.

—Lo somos, te guste o no te guste. Vayámonos de aquí.

—Tengo que pasar por su casa, Alejandra.

—¿Estás loca? ¿Cómo vas a pasar por la casa de ese loco?

La mirada de mi amiga era la mirada de alguien que teme, de alguien que espera que, más pronto que tarde, le suceda algo malo.

—Tiemblo solo en pensarlo.

—Alejandra, tengo mi coche en su casa y todas mis cosas, joder.

—Pero, ¿y si está él allí? — preguntó mi amiga con un hilo de voz.

—No le ha dado tiempo. Estoy segura.

Por un lado, era cierto que lo que iba a hacer junto a mi amiga era una verdadera locura. Había huido de Ethan para ahora meterme en la boca del lobo, para aparecer en su

casa como si tal cosa. Por otro lado, necesitaba demostrarme a mí misma que era capaz de no amilanarme, de ser lo suficientemente valiente para enfrentarme a él, como lo había sido al desobedecerle escapando de Costa Rica.

—Por favor, no me hagas esto, Maika.

—Te prometo que no pasará nada. Solamente te pido que me lleves hasta allí y te vas.

—¿Cómo te voy a dejar sola? Estaré a tu lado — dijo con un tono de confianza amable y fraternal que me conmovió.

Me cogió de la cintura y avanzamos hasta el parking del aeropuerto. Montamos en su coche y nos marchamos en dirección a Sotogrande. Durante el trayecto, intentamos hablar de temas que nada tenían que ver con Ethan, salvo una vez que paramos a repostar y a comer algo en una de esas gasolineras que no aparecen ni en los mapas.

—¿Has leído 50 sombras de Grey?

—No. Sabes que no leo casi nada, Alejandra. He visto la película. Y ya sé por dónde vas.

—¿No te ha pasado algo parecido?

—No. Al principio todo parecía de ensueño, pero pronto se convirtió en una maldita pesadilla.

—No sé por qué he nombrado las 50 sombras. Perdóname.

—No pasa nada. Pero, al final, aquello no tuvo nada de romántico y la sumisión no va conmigo. Hubo un momento en que la sumisión dejó de ser un juego pactado entre los dos — sentenció.

—No me puedo poner en tu lugar, Maika. Ha debido ser horrible. Tan lejos y tan sola.

—No me entra nada. No puedo masticar, Alejandra. Tengo hambre, pero no puedo tragar.

Después de pagar, Alejandra me besó en la frente y, como si se tratase de una madre, envolvió mi bocado y se lo llevó, pensando que más tarde me lo podría comer.

Solo me apetecía beber agua. Nada más.

Eché una cabezada en el interior del vehículo. Y no soñé con Ethan ni con esa personalidad distante y dominadora que encarnaba. Tampoco se puede decir que fuese un sueño reparador. Al despertar, Alejandra me dijo algo que me hizo llorar.

—Maika, ¿sabes una cosa?

—¿Qué? — respondí después de un bostezo

—Sabes que te quiero — pronunció con aire risueño.

—Y yo a ti.

Le acaricié el pelo.

—Ojalá fuésemos dos lesbianas. Parecemos dentro de este coche Thelma y Louise huyendo de la policía.

—No he visto esa película — dije yo con ignorancia.

—Hija mía, ¿qué ves? ¿Telenovelas?

—Sí, eso parece. Me gustan mucho.

—Claro, luego te pasan las cosas que te pasan — bromeó Alejandra para quitarle hierro al asunto.

—¿Por qué no te vas un poquito a la mierda? —seguí con la broma.

—Esa es mi Maika. ¡Ha vuelto la reina de las chonis!

Ante aquel brote de alegría por parte de mi amiga no pude hacer otra cosa que sonreír. Qué loca estaba y cuánto la quería.

Llegamos a media tarde. Todo era silencio. Los jardines de aquella casa reposaban en una extraña quietud. Desde afuera, no se veía nada extraño. El casón parecía estar vacío.

Llamé al timbre. Alejandra esperaba dentro del coche. Se estaba mordiendo las uñas y no me quitaba ojo.

Contestó una voz de mujer y yo me identifiqué, y entré. Le indiqué a mi amiga que se tranquilizara con un gesto y le lancé un beso.

Caminé aprisa y, en la puerta, me esperaba Rosa, la sirvienta. Su cara amable y llena de serenidad se había convertido en un rostro serio y sombrío.

—Vengo a por mi coche y a por mis cosas — dije con un tono desafiante.

—Lo puede coger usted misma del garaje. ¿Viene sola?

—Una amiga espera en la puerta.

—De acuerdo, pero dese prisa, por favor.

No sabía cómo interpretar esa frase de Rosa: ¿Era un consejo? ¿Era una amenaza?

Entré al dormitorio. Revolví cajones y armarios. Guardé mi ropa en dos bolsas de basura que me dio la sirvienta, a la que encontré bastante nerviosa. En ningún momento dejó de vigilarme.

Bajé al garaje y me siguió. Guardé la ropa en el maletero. Monté en mi coche y, antes de arrancar, aquella mujer acercó su rostro al mío y me dijo con un tono misterioso.

—No le diga nada al señor, pero hace usted muy bien en huir.

Tragué saliva y salí de allí cuando la puerta de la entrada se abrió automáticamente. Alejandra respiró aliviada al verme. Vi que estaba rezando. No había pisado una iglesia la jodida en años y ahora se ponía a rezar. Pero, bueno, se agradece.

Salimos de allí, disparadas.

Mientras conducía, noté la sal en mis labios, en mi lengua. Mis ojos vertían lágrimas de rabia, también de odio. Contra todo.

Me puse música en la radio. Alejandra iba detrás con su turismo. Mi perro faldero. Mi guía. Mi amiga del alma. Una hermana.

Se hizo de noche. Estaba ya en mi casa. Alejandra pidió pizzas y guardó en la nevera el bocadillo que no me había tomado.

—Así ya tienes algo para desayunar cuando te levantes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo — respondí con ternura.

—¿Quieres que me quede a dormir aquí?

—No hace falta, Alejandra. No voy a olvidar nunca lo que has hecho hoy por mí.

—Con que me presentes a un tío sobra — bromeó.

—No me hables de tíos. Voy a meterme a monja, te lo juro.

—No puedes. Eres una choni y una mala pécora.

— ¿Qué significa eso? No empieces ya con tus palabritas

—Significa “pecadora” o algo así.

Cenamos, reímos y se marchó. Luego llamé a mis padres y les dije que había dejado el trabajo. Mi madre calló, pero pude escuchar a mi hermana Arantxa, la dócil, que se enfadaba y empezaba a insultarme.

Joder, qué día de mierda, me dije cuando colgué.

Y todo lo que te quedaba, Maika, y todo lo que te quedaba.

Capítulo 2

Me levanté temprano. No podía seguir durmiendo, además el cambio horario me estaba dejando un poco tocada. Me dolía todo, como si un camión me hubiese pasado por encima varias veces. Iba a necesitar tres cajas de antiinflamatorio para recuperarme.

Después de un buen baño, me fui a tomar un café al bar de enfrente de la tienda donde yo trabajaba. Me apetecía ver a Marcelo, me pedí un cortado y esperé a verlo aparecer.

Le metí un silbido de esos que sabía que reconocería. Yo estaba en la acera de aquella terraza. El tío giró la cabeza y se puso las manos en la frente, me hizo señas de que me esperase. Abrió la tienda y, cuando entraron las gemelas, vino a mi encuentro.

—Capullaaaaa — gritó mientras se acercaba para darme un abrazo.

—Calla, putón, que estoy triste — dije mientras rompía a llorar en sus brazos.

— ¿Qué pasó? ¿Qué te hizo el puto falso juez?

—Es juez, pero un cabrón dictador que trata a las mujeres como mercancías.

—Ya te contaré. No quiero hablar de esto ahora mismo.

— ¿Cuándo vuelves al trabajo? — preguntó para dejarme caer que allí aún había sitio para mí

Además, él era el encargado. Lo que dijera iba a misa.

—Debería, pero ahora no me veo con fuerzas. Quiero tomarme un tiempo para mí, ahora necesito arrancar este dolor para poder seguir adelante.

—Sabes que, cuando quieras, puedes volver. Yo estaría encantado, así tengo con quien meterme y que me conteste como solo tú sabes hacerlo.

—Gracias, Marcelo. No sabes cuánto te eché de menos.

—Normal, si en el fondo yo te ponía... — dijo bromeando mientras levantaba la mano para pedir un café.

Nos pasamos cerca de una hora charlando. Consiguió sacarme alguna sonrisa y le prometí comer con él uno de estos días.

Fui a casa de mis padres a comer, no sin antes hacerles prometer que no me someterían a un interrogatorio. Sentí que me recibieron con todo el amor y respeto del mundo. Sabían que necesitaba mi espacio. Lo único que mi padre me dijo es que tenía guardado el dinero que le entregué del contrato. Me recomendó que debía ir a devolverlo, le

dije que lo siguiera guardando y que, cuando me lo pidieran, lo entregaría. Corté el tema rápido.

Si mi padre se hubiese enterado de todo aquello, se habría vuelto loco. Y no quiero pensar cómo lo habría encajado mi pobre madre. Joder, les había mentido. Ethan me había obligado a eso. Ethan, Ethan,... maldito canalla. Lo peor de todo es que sentía que no podía hacer nada.

¿Podría denunciarlo por haberme forzado a firmar a aquel contrato? ¿Podría denunciarlo por haberme forzado a tener sexo, pese a mi negativa? ¿Deseaba que me forzara? ¿Me había negado de verdad a no tener sexo? ¿Por qué demonios había huido? ¿Qué me asustaba de él? Todas esas preguntas me asaltaban continuamente.

Me daba asco como mujer, pues había consentido, pues me había podido la pereza, pues me había dejado engañar. Joder, no necesitaba echarme más mierda. O sí. Cuando llegué de Costa Rica, tenía la sensación de que había renunciado a todo por lo que había luchado, mi independencia, mi orgullo, mi desafiante forma de actuar siempre a la defensiva contra los hombres que querían imponerme sus deseos, sus opiniones, sus razones.

Esa noche llegué a casa tarde, pues me quedé a cenar con mis padres. No tenía ganas ni de moverme. Me dijeron que me quedara allí a dormir. Me lo pensé, pero también necesitaba estar sola y reflexionar.

Me preparé un té, me senté en el sofá y recibí un mensaje que pensaba que era de Alejandra, pero me puse blanca al descubrir que era de Ethan.

Me puse a temblar y tardé en abrirlo.

“Mañana llego a Málaga. En unas horas cojo el avión. Espero que estés esperándome en Sotogrande. Me gustaría hablar contigo.”

Comencé a llorar como una niña chica, pero no, no iba a ir, por supuesto que no iba a aparecer por aquel lugar jamás. Además, no se me borraba de la mente la frase de Rosa.

Le contesté con contundencia a aquel demonio.

“No voy a ir, Ethan, solo quiero que me digas dónde te puedo dejar el dinero o donde te lo ingreso.”

No tardó en contestar.

“No quiero el dinero. No lo voy a coger jamás. Te lo puedes gastar en lo que te dé la gana. A las doce de la mañana, te espero en mi casa”

El tío no se daba por enterado. Menudo cabrón. No estaba dispuesta a obedecerle. Ahora tenía la oportunidad de volver a ser esa mujer a la que había renunciado al firmar el contrato.

“Ethan, no voy a ir. Si no quieres el dinero es tu problema, pero no voy a verte más. Quiero que te olvides de mí y de que un día me conociste”

No volvió a contestarme, menos mal, porque ya le iba a responder súper borde. Por ahora lo estaba evitando.

Me acosté con un nudo en la garganta. De repente, me asaltó un sentimiento de terrible confusión que se fue disipando, pues recordé los momentos más entrañables y atrayentes que había pasado junto a él.

Lo amaba. ¿Qué clase de amor era aquel? Era el mismo amor que me impidió defenderme cuando fingí que me negaba a que me devorara con su boca, a que me desnudara, a que lo sintiera en mi interior como un fuego inagotable. Porque fingí. Lo sé. Y él se presentó ante mí como un ser superior. Yo acepté ese juego como había aceptado el contrato. Porque quería jugar con él, porque tal vez era eso, quizá lo amaba.

A pesar de todo lo que me había hecho, lo amaba, pero no estaba dispuesta a dejarme llevar por un hombre que me había tratado como carnaza y que me tenía como su putita de usar y tirar.

Me desperté con una llamada de Alejandra, le conté lo que me había escrito.

—Desgraciado...¿ y en serio que llega hoy?

—Sí, anoche cogió el vuelo. Seguro que esta mañana hizo escala en Madrid y sobre las once aterrizará en Málaga. Tiene su coche en el aeropuerto. Por eso me decía que a las doce en su casa.

—Si lo vuelves a ver, te mato, Maika — dijo muy enfadada.

—No lo voy a ver. Por nada del mundo quiero verlo. No se me pasa por la cabeza hacer una cosa así.

—Eso espero. Además te dice que no quiere el dinero. Mejor para ti, tómate un año sabático porque te lo mereces. Por ese maldito contrato, perdiste el empleo. Deberías denunciarlo.

—No sé si puedo hacerlo. Tengo todas las de perder. Firmamos un contrato — dije yo con tristeza.

—Sí, pero te trató como a una esclava. Te forzó a que tuvierais sexo. Tú no querías hacerlo, Maika. Eso es lo que me contaste.

—No es exactamente eso lo que pasó, Alejandra. Estoy confusa.

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono que yo interpreté como una señal de enfado.

—No puedes recular ahora. No puedes disculparlo.

—Me dejé. Me dejé todas las veces aunque dijera que no me apetecía.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. Pero ¿cómo eres capaz de decirme eso y quedarte tan tranquila? — dijo ella con la voz apagada.

—Menuda soy yo. Ya me conoces. Le hubiera pegado una patada en los huevos cuando me puso la mano encima. Y no lo hice.

—Pero huiste, Maika.

—Es cierto. Me asusté. Aquel juego estaba yendo demasiado lejos, Alejandra. Tenía miedo de mí misma y de esa personalidad misteriosa de Ethan, una personalidad que me estaba poseyendo.

Escuché que mi amiga suspiraba.

—Si no me pongo a currar rápido, me quedaré sin nada. El vuelo me costó un pastón y me dejó pelada la cuenta — intervine yo intentando cambiar de tema.

—Pues, nada, aprovéchate de él. Que pague lo que te ha hecho.

—Bueno, para empezar, te invito a comer. Te recojo a las dos — le propuse con un tono desenfadado.

—Perfecto, acepto encantada. Luego hablamos. Te quiero.

—Yo también.

Me preparé un buen desayuno. Necesitaba comer. Había perdido demasiado peso a lo largo de estas últimas semanas. Me vestí y me fui de mi casa para pasear un rato. En el instante que iba a salir a recoger a Alejandra, abrí la puerta de casa para salir y me quedé paralizada.

Ahí estaba Ethan, plantado en la puerta. Tenía cara de pocos amigos.

— ¿Qué haces aquí? — pregunté seria.

—Quiero hablar contigo, ¿pasamos o vamos a un bar?

—No tenemos nada que hablar. Si quieres, me esperas, y voy a por tu dinero.

—Te he dicho que no quiero el dinero, ese es tuyo. Cumplas o no el contrato. Quiero hablar contigo.

—No me apetece, créeme, dejemos todo como está.

—Vamos a ese bar, hablamos y luego me voy — dijo señalando una terraza que había frente a mi casa.

—Vete ahora mismo o te juro que llamo a la policía, a los Geos y hasta al Ministro si hace falta — dijo Alejandra ante mi asombro, apareciendo en aquel momento como si se tratara de un ángel que venía a salvarme.

—Espera un momento, Alejandra, por favor —dije yo preocupada por la seguridad de mi amiga.

—Me vino a la mente que, si no ibas a su encuentro, este tipejo vendría a por ti. Fue pensarlo y salí corriendo hacia aquí. Este cabrón no se va a reír de ti ni un minuto más, por muy juez que sea — dijo enfadada.

—Por favor ¿nos dejas dos minutos a solas? — dijo Ethan incómodo.

—No os dejo a solas, una mierda para ti. Ya le has hecho demasiado— dijo jalándome del brazo.

En aquel instante, sin pensármelo dos veces, le lancé una patada a los huevos y Ethan cayó al suelo al instante. Qué ganas tenía de hacerlo. Salimos de allí corriendo. Antes de abandonarlo allí tirado, oímos que decía, entre gemidos: “Por mucho que huyas, serás mía”.

Qué valiente había sido Alejandra al venir a buscarme hasta mi casa.

—No me puedo creer que haya aparecido — dije mientras la seguía.

—Eres muy ingenua. Es un cabrón. Se merece la patada en los huevos y cien más.

—Tía, me tiembla todo. ¿Cómo has sabido que vendría a buscarme?

—Pura intuición. Me lo imaginé y salí del trabajo antes de tiempo. Dije que me habían avisado de una urgencia.

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

—Harías lo que haces siempre. Meterte en problemas.

—Sí, mira, habló la santa.

—Jajajajaja. Bueno, a meternos problemas hemos aprendido las dos, a meter patadas en los huevos has aprendido tú.

Montamos en su coche y salimos de allí a toda velocidad. Volvíamos a ser Thelma y Louise.

—Ahora sí que deberías llamar a la policía. El tipo sabe dónde vives y ha ido a buscarte. Creo que estás en peligro. Ese tío se ha escapado de un manicomio. Madre mía, cómo está la Justicia en este país. Y el tío es juez.

—Tía, no me asustes. Con la patada en los huevos ya le queda claro que no me ando con chiquitas.

—Habrás escarmentado por unos días. Pero ese tío volverá. Me da que se ha obsesionado contigo.

—Joder, me estás acojonando.

—Vamos a la policía, Maika. Hay que hacerlo ya. Puede ser un asesino.

—No exageres. Quería hablar conmigo. Parecía inofensivo.

—Eso no es lo que viste en Costa Rica — contraatacó Alejandra elevando la voz.

—Déjame en paz. Estoy confundida. ¿No te das cuenta?

— ¿De qué no me doy cuenta?

El coche paró delante de un semáforo que se había puesto en rojo. Un hombre y una mujer cruzaron el paso de cebra llevando un perro atado. Las nubes corrían a toda velocidad a causa del viento.

El semáforo se puso en verde y Alejandra, con rostro serio, arrancó el coche. Ella sabía qué iba a decirle a continuación. Lo sabía.

—Lo quiero. Creo que lo quiero.

—No me jodas. A veces resultas hasta patética.

—Ha sido un puto juego. ¿No lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Pero eso no se llama juego. Maika, entérate. Has sido una esclava sexual.

—Y yo me dejé. Pensaba que así podíamos conocernos mejor, que era una forma de conquistarme.

—No me hagas reír, Maika. ¿Has perdido la cabeza? Yo sé lo que a ti te pasa.

—Lista, dime qué me pasa — le contesté con tono recriminatorio.

—Lo que te pasa es que te enamoraste de su carrera de juez, de su dinero, de su cuerpo, de su galantería, de su exquisito gusto. Pero eso no es amor, eso se llama codicia.

—Quería dejar la vida de mierda que tenía, Alejandra. Eso es lo que pasa.

—Perdonaaaa. O sea que una amiga como yo forma parte de esa vida de mierda que llevabas. Muchas gracias.

—No quería decir eso.

La había cagado bien al soltar aquella frase. Alejandra miraba la carretera y tragaba saliva. Faltaba muy poco para que estallara.

—No hables más, Maika. La cagas una y otra vez. Yo tengo las cosas muy claras. Te liaste con un chulo a cambio de dinero. Querías una vida de lujo, pues ya la has tenido y, por lo que veo, te ha sentado de maravilla. Tenías una vida de mierda y sigues teniendo una vida de mierda.

— ¿Cómo te pasas? — me quejé dolida por lo que me había dicho en dos segundos.

Se hizo un silencio largo y sostenido. Aparqué el coche cerca de un centro comercial que las dos conocíamos muy bien. Todas las tiendas estaban abiertas. Las nubes se extinguían, pero en mi mente aparecía toda clase de preguntas que yo me respondía a mí misma.

Vimos una pizzería y un restaurante vegetariano. Elegimos la pizzería. No había casi nadie. Nos sentamos y Alejandra me miró como si quisiera matarme.

— ¿Podemos dejar el tema? — pregunté con lágrimas en los ojos.

—Prométeme una cosa.

— ¿Qué quieres que te prometa? — pregunté con intriga.

—Que me llames por teléfono o llames a la policía si este tío vuelve a molestarte.

—Está bien. Lo haré. Te lo prometo — le dije y respiré aliviada.

Alejandra me dio un beso en la frente. Pedimos dos pizzas y una ensalada especial.

Mientras comíamos y reíamos sobre recuerdos de la infancia, vimos aparecer a la Asun por entre las mesas.

— ¿Qué hace esta tía por aquí? —preguntó Alejandra extrañada.

—Hostias, esta fue la que nos invitó a su fiesta, donde conocimos a Ethan y a Bruno — contesté yo esbozando una sonrisa maliciosa.

—Sí, no me lo recuerdes. Ahí empezó todo, Maika. Ahí empezó todo para ti.

— ¿Te acuerdas de lo gorda que estaba? Ahora, con la operación, parece Pamela Anderson. Veremos lo que le dura.

—Nos está mirando, Maika. Tápate. Que no nos vea.

Pero nos vio. Claro que nos vio. Y se acercó hasta nosotras. Y nos saludó con una sonrisa de silicona. Pero, como no tuvo bastante, la tía se sentó con nosotras.

— ¡Qué alegría veros! —exclamó con alborozo.

—Sí, no te esperábamos —dije yo resoplando.

— ¿Os importa que me siente?

—Pero si te has sentado ya, Asun — comentó Alejandra con fastidio.

— ¿Qué coméis?

—Pizzas. Es una pizzería. No vamos a estar comiendo manitas de cerdo, joder — respondí yo a la defensiva.

—Estáis muy sensibles. Déjame que la pruebe.

La Asun metió sus manazas en las dos pizzas y se puso a comer a dos carrillos como si no existiese un mañana. Alejandra y yo estábamos asustadas.

En menos de un minuto se zampó mi pizza y media de mi amiga.

—Estaban riquísimas.

—Pero, tía, ¿tú de qué vas? — pregunté más que jodida.

—Yo no voy de nada. Lo que pasa es que, desde que me ha dejado mi novio, solamente me da por comer — dijo la Asun tan feliz.

—Pues, si sigues así, te vas a poner como una vaca. Otra vez — intervine yo con ganas de joder.

Me había salido mi lado choni de nuevo y la Asun, ni corta ni perezosa, nos dijo:

—Oye, guapa, todas no tenemos la suerte de tu genética, aunque esas tetas, me da, que son como las mías. Son tetas de pega.

—¿Qué dices, imbécil? —contesté yo airada.

—Lo que oyes. A mí no me engañas. ¿En qué clínica te operaste? ¿Puedo tocártelas? — preguntó la Asun con descaro.

—No me vas a tocar nada. Pero...

Pero fue demasiado tarde. La tía, con sus manos grasientas se puso a tocarme las tetas, y pasó lo que tenía que pasar. Que yo fui directamente a cogerla por los pelos y el espectáculo comenzó. Menos mal que no había nadie. Tuvieron que salir los cocineros y las camareras a separarnos. Alejandra no podía sola. Nos dijimos de todo, menos bonita. Yo me acordé de la madre de ella varias veces y ella se acordó de mi padre unas cuantas más.

Cuando consiguieron separarnos, Alejandra y yo salimos de allí pitando. La Asun se quedó en una esquina del local, comiendo pizza mientras lloraba amargamente.

A mí me dio por reír. Yo había perdido los papeles por completo. Alejandra solamente sabía llamarme loca. Para relajarnos, nos metimos al cine a ver una película subtitulada.

—¿Cómo has elegido esta mierda, Alejandra?

—La primera que he encontrado y que daban a esta hora, ¿sabes? No te quejes. Casi acabamos en comisaría.

—No me estoy enterando de nada. No sale Brad Pitt ni ningún tío bueno.

—Cállate, que no oigo — susurró Alejandra.

—Pero... ¿para qué quieres oír? Si hablan en japonés — dije yo con tono de burla.

—Tenemos que ser cultas, Maika.

—¿Cultas? Pero si tú el último libro que leíste fue el de la autoescuela.

Terminamos de ver aquel bodrio de tres horas y media, donde al final de la película ardía un templo, y nos fuimos a cenar.

La Asun nos había dejado sin pizzas y estábamos hambrientas. Cenamos en el vegetariano, escondidas lo más lejos posible de la puerta de entrada.

Luego, Alejandra me acompañó a casa y esperó a que entrara. Le hice una llamada perdida para indicarle que todo iba bien, que todo estaba tranquilo, que no había nadie en el interior de mi hogar esperándome a pegarme un palo.

Ni me quité la ropa. Me acosté agotada y, con la televisión encendida. Un hombre calvo anunciaba un remedio infalible para adelgazar.

Capítulo 3

¿Estaban llamando al timbre?

Abrí los ojos un poco y me dispuse a escuchar. No, todo estaba en silencio, lo habría escuchado en sueños. Cogí la almohada y me la puse encima de la cabeza. El sol ya iluminaba la habitación y si había algo que yo odiaba, era despertarme con la luz del sol. Por eso todas las noches bajaba la persiana hasta que no quedara ninguna rendija por la que los rayos solares pudieran pasar, pero al parecer, la noche anterior se me había olvidado.

Así que apreté la almohada, cerré los ojos con fuerzas, deseando poder dormir de nuevo y no levantarme de mal humor, al menos no más del que era normal en mí por el simple hecho de tener que levantarme.

Resoplé cuando volví a escucharlo. Tiré la almohada bien lejos y me levanté. Volvió a sonar de nuevo.

— ¡Voy! — chillé aun limpiándome la baba e intentando ponerme bien el pelo.

Pero nada, el timbre no paraba de sonar. Iba a matar a Alejandra, porque seguro que era ella. No tenía ni idea de la hora que era y sabía que estaba trabajando, pero también que se las ingeniaba bien para escaparse un rato y claro, todo para venir a darme el coñazo a mí.

¿Es que no podía dejarme dormir en paz? Joder, para una vez que estaba durmiendo plácidamente...

— ¡Que ya voy, joder! — volví a chillar.

No es que viviera en una mansión, simplemente es que estaba agotada, me dolía todo el cuerpo y arrastraba los pies. Eso y que ya tenía un humor de perros.

—Espero que haya pasado algo muy importante para que me des por culo tan temprano — dije mientras abría la puerta, más bien ladré.

Y me quedé a cuadros cuando vi que mi amiga no era la que estaba allí.

Fui a cerrar la puerta, pero él lo impidió con su mano.

—Maldita sea, Ethan, lárgate — empujé con fuerza, pero él era más fuerte que yo.

—Déjame entrar, Maika.

—Y una mierda te voy a dejar entrar, ¿crees que estoy loca?

—No voy a hacerte daño, ni siquiera lo insinúes, solo quiero hablar contigo.

Ethan empujó un poco más y abrió la puerta por completo, entrando sin que pudiera evitarlo.

Yo no sabía qué hacer, si chillar para alertar a los vecinos, quedarme callada y dejar la puerta abierta, cerrarla y que fuera lo que Dios quisiera.

Mierda...

—Ethan, por favor, vete — seguía al lado de la puerta, sin moverme, casi rogándole que se fuera. Me temblaba el cuerpo, estaba realmente acojonada, no quería quedarme sola con él.

—Maika, por favor, no voy a hacerte daño — dijo tristemente.

—Claro que no, eso ya lo hiciste — dije con ironía.

—Cariño, por favor...

—No se te ocurra volver a llamarme así.

—Lo siento, solo quiero hablar contigo. Hablamos y ya está. No voy a acercarme ni tocarte ni nada. No me tengas miedo, por favor.

Tragué saliva y comencé a batallar conmigo misma. No quería verlo, no quería escucharlo y mucho menos quería estar cerca de él, a solas. Me había jodido bien, en ambos sentidos. No, no quería saber nada de él. Joder, que tenía dignidad.

Pero claro, yo era una choni y eso conllevaba ser una grandísima alcahueta, la reina de las cotillas, la que después se pasaría días y días, incluso semanas, meses y años, llamándose idiota por no haberlo escuchado en su momento y no saber qué quería contarme.

Claro que también me llamaría estúpida y gilipollas por haberlo dejado entrar.

Me mordí el labio, de todas formas me iba a llamar idiota, al menos no me quedaría con la curiosidad.

En ese momento escuché las conversaciones que había tenido con Alejandra desde que llegué a casa. No, no podía ni debía oír nada de lo que ese cabrón me quisiera decir. Era cierto que yo me dejé, pero él se había comportado como lo peor, me había usado. ¿Por qué demonios iba a escucharlo?

En ese momento sentía que era yo la bipolar, con dos personalidades luchando entre ellas. Joder, no sabía qué hacer.

—Maika, por favor.

Lo miré a los ojos y puse los míos en blanco cuando sentí pena por ver el arrepentimiento o la tristeza en los de él. Resoplé y cerré la puerta, no sin auto llamarme idiota más de diez veces.

—Tienes 5 minutos.

No me moví de la puerta, me crucé de brazos y esperé a escuchar la tremenda sarta de excusas baratas que iba a decirme.

—Estás preciosa recién despierta — dijo con media sonrisa.

Gruñí, el Casanova tenía que hacer su aparición.

—Muy bien, si eso es todo lo que tienes que decirme — puse la mano en el pomo de la puerta para abrirla de nuevo — ya puedes irte — empecé a girarlo.

—No, por favor, lo siento. Está bien, iré al grano. ¿Prefieres que salgamos a tomar un café a un sitio más neutral? Quizás te encuentres más tranquila.

—No voy a ir contigo a ningún lado.

—OK. ¿Me invitas a un café?

—Ethan, por favor. No quiero verte, menos tomarme un café contigo.

—No soy el demonio, Maika. Te juro que no molestaré mucho, pero no me siento a gusto viéndote ahí, a metros de mí, como si temieras por tu vida. No voy a hacerte daño, ya no sé cómo decírtelo.

—Igual que yo no sé cómo decirte que no tenemos nada más que hablar.

Nos quedamos los dos en silencio, yo no podía dejar de temblar porque, aunque no lo quisiera ni ver, los sentimientos que tenía hacia él estaban ahí.

Tampoco es malo si lo invito a un café, ¿no?, pensé. Maldita fuera, al final siempre ganaba.

Inspiré profundamente y solté el aire poco a poco.

—Un café, Ethan, me resumes lo que quieras decirme, te largas y no volvemos a vernos, ¿OK?

No contestó, así que me quedé esperando.

— ¿OK? — volví a preguntar.

—De acuerdo — dijo finalmente.

Fui a la cocina y él me siguió, preparé un Nespresso para cada uno. Él se había sentado en una de las sillas, estaba con los codos apoyados en la mesa, las manos cruzadas y la barbilla apoyada en ellas. En silencio. Solo mirándome mientras preparaba el café.

Puse las tazas en la mesa y me senté frente a él.

— ¿Cómo se te ocurrió irte así, sin nada? — preguntó cuando le dio un sorbo al café.

—No voy a hablar de eso, Ethan, ya no sé cómo repetirte las cosas, tal vez en coreano lo entiendas. Si es eso todo lo que viniste a decirme, ya puedes largarte.

—Me preocupé mucho.

—Y dale la burra al trigo. Eres un cínico.

—Sí, soy muchas cosas, Maika, pero eso no quita que me haya preocupado por ti.

—Igual que yo me preocupé por mi seguridad, ¿no crees?

Con esa pregunta lo dejé en silencio.

—Ethan, se me va a formar una úlcera con solo verte, así que haz el puto favor de decirme qué es lo que quieres.

—Tenemos que hablar.

—Y dale... Eres cansino, ¿eh? No tenemos nada de lo que hablar. ¿Para qué has venido?

—Quería saber que estabas bien.

—Ya estás viendo que lo estoy, ya lo viste hace no muchas horas cuando apareciste por aquí también. Estoy ilesa, no me han mordido los tiburones, aunque sí tuve que huir de una víbora. O una hiena, sí, esa sería la mejor manera de definirte.

— Está bien, ya veo que no va a ser fácil.

— ¿El qué? No tienes que exculpar tus pecados o depravaciones conmigo. Para eso ya están los curas, siempre puedes ir a confesarte. Te harán rezar dos Aves Marías y poco más. Tus pecados perdonados.

— ¿Desde cuándo eres tan cínica?

—Desde que me crucé contigo — le di un sorbo a mi café, estaba empezando a venirme arriba y no iba a permitir que el papanatas pudiera esta vez conmigo—. ¿Para qué has venido en realidad? ¿Es por el dinero? Te lo entrego hoy mismo.

—No quiero un puto duro, deja de decir eso, no me interesa el maldito dinero — estaba empezando a enfadarse.

— ¿Por qué no? Firmé un contrato que no cumplí, el dinero es tuyo. ¿O vas a denunciarme por incumplimiento de contrato?

— ¿De qué coño estás hablando?

— Si es así — continué, sin hacer caso de su enfado—, puedes hacerlo, pero si pides que te pague por incumplimiento, pues no podré, estoy en paro, no tengo medios. Así que como no te interese quitarme esta, MI casa...

—No quiero nada, no me interesa el jodido contrato, no me interesa el puto dinero. Es tuyo, ¿cuántas veces te lo voy a decir?

— ¡¿Entonces qué quieres?! — empecé a perder los papeles.

—Hablar contigo.

—Joder, Ethan, pues habla de una puta vez.

—Esa boca... — dijo riéndome por mi vocabulario.

—A estas alturas vas a venir tú a decirme cómo hablar. Vas a venir tú a decirme a mí nada. ¡Vete a la mierda!

Me levanté, enfadada, iba directa a abrir la puerta de mi casa para que se marchara, ya había tenido bastante de ese gilipolla.

Me cogió por el pijama y me frenó. Se levantó deprisa y se puso frente a mí.

—Maika, dame la oportunidad de hablar contigo.

Nuestros cuerpos estaban muy cerca y yo iba a empezar a hiperventilar si él no se quitaba.

—No me toques...

Se quitó rápidamente, dejando espacio entre los dos.

—Mira, yo solo quiero hablar contigo...

—Joder, Ethan, llevas desde que llegaste con lo mismo y no dices nada. Deja de poner excusas, lárgate y déjame de una puta vez en paz.

—Vamos a Sotogrande, vamos a mi casa, hablemos.

Me reí a carcajadas, todo por los nervios, no se podía ser más cínico.

—Claro que sí, después de todo lo que me has hecho, yo voy contigo a tu casa. No soy una lumbrera, Ethan, pero tampoco soy gilipollas.

—Deja de insultarte, lo odio.

—Pero tú sí podías insultarme a mí, ¿no? — dije con ironía.

—Yo jamás he hecho eso, nunca te he infravalorado.

—No, me has tratado como a una puta.

—No vuelvas a decir eso.

—En mi casa digo ¡lo que me dé la puta gana! Me has tratado peor que a una puta, no me has respetado, me he sentido como la peor mierda. ¿Y ahora vienes a pedirme que vaya a tu casa contigo? ¿Para qué?

—Para contarte algunas cosas.

—Cosas que no me interesan saber. ¿Es que tu cerebro de juez no da para más?

—Maika, es importante lo que tengo que decirte.

—Pues dilo ya — me crucé de brazos—, escúpelo y vete.

—No, tiene que ser allí. Y si no vienes hoy, vendré cada día a buscarte, aquí o a donde estés, no me importa, pero vendrás conmigo a mi casa y me escucharás.

—Te denunciaré por acoso.

—Haz lo que quieras, pero te juro que conseguiré que vengas.

Estaba a punto de coger lo primero que tuviera a mano y tirárselo a la cabeza. Me tenía histérica, no sabía cómo lo estaba aguantando. Maldito Pretty Woman y jodidas telenovelas románticas, eran las culpables de que en el fondo de mí aún hubiera una llamita de esperanza para pensar que no era tan cabrón como creía.

Si es que no se podía ser más gilipollas.

En ese momento sonó el móvil, salí corriendo a mi dormitorio a cogerlo. Vi que era Alejandra y no lo cogí. Iba a notar lo alterada que estaba en un segundo y lo que menos necesitaba ahora era decirle a mi amiga que el juez estaba en mi casa.

Esa era capaz de presentarse allí y echarlo a mamporrazos antes de que a él le diera tiempo a reaccionar. Eso y venir con la policía de camino.

Salí del dormitorio y vi que Ethan estaba en el comedor, apoyado en una pared, esperándome.

— ¿Te vistes y nos vamos? — preguntó como si no hubiera prestado atención a nada de lo que te dije.

—La verdad es que lo de juez lo llevas en la sangre, ¿eh? Eres porculero al máximo.

—Lo que sea, Maika, pero ven conmigo, tenemos que hablar.

—Y un disco rayado también. Señor... — suspiré.

Mi móvil volvió a sonar y no lo cogí. Y volvió a sonar...

Descolgué, rezando que no notara nada raro, porque más raro sería que no contestara a tantas llamadas, se presentaría en mi casa sí o sí.

— ¿Sí? — pregunté como si nada.

— ¿Sí? ¿Eso es lo único que tienes que decir? Estoy cansada de llamarte, ¿dónde mierdas estabas? Casi me da un infarto pensando en lo peor. Estaba ya a punto de llamar al ejército.

Mi amiga no era exagerada, para nada...

—Estaba en la ducha — mentí.

— ¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

—Sí, pero aún no me tomé el café y ya sabes cómo es mi humor al despertarme.

—No, no estás bien. Me estás mintiendo. Tú nunca te duchas por las mañanas, es más, lo odias, así que, ¿qué está pasando?

—Me bajó el periodo anoche y no tuve más remedio que ducharme. Y sí, por eso estoy de muy mal humor.

—Maika, en serio, ¿me estás diciendo la verdad?

— ¿Por qué tendría que mentirte?

— ¿Quizás porque el cabrón del juez está ahí y te obliga a ello?

—Ves muchas pelis de acción — intenté bromear.

—Y tú muchas telenovelas y todavía seguirás pensando que puedes ser como la prota de 50 sombras y sacar al juez del lado oscuro.

—Alejandra... No empieces.

—¿Está ahí?

—No — mentí, sonando segura.

—Ya sabes lo que tienes que hacer si va, a la policía directamente. O a mí, que ya me encargaré de darle la paliza de su vida.

—No creo que vuelva — dije mirando de reojo a Ethan.

—Volverá, eso lo tengo claro. Lo que no sé es cómo reaccionarás tú. No te dejes engatusar, ¿vale?

—Seguro que no. Alejandra...

—¿Sí?

—Estoy desnuda, tengo frío, tengo que secarme el pelo, aún no desayuné, ¿podemos hablar en otro momento?

—Está bien, en un rato paso por allí.

—¡No! — grité demasiado rápido.

—¿Por qué no?

—No estaré aquí.

—¿A dónde vas?

—Quiero dar una vuelta, comprar algunas cosas, quizás ver a mis padres, ir a tomarme un café con Marcelo... No sé, necesito estar sola, Alejandra.

—Lo siento, no sabía que te molestaba — dijo con tono herido.

—No seas idiota, no digas eso. Es solo que necesito pensar un poco. Entiéndelo, no es por ti. Me estoy ahogando y quiero pasear.

—Está bien, lo entiendo. Pero llámame o escíbeme mensajes cada media hora.

—¿Cada media hora? — reí — Estoy bien, de verdad.

—Si no lo haces tú, lo haré yo, pero a mí no me dejas preocupada por ti.

—Está bien. Después te llamo.

—Esperando me tienes. Te quiero.

—Yo también.

Colgué la llamada y miré a Ethan, no me quitaba los ojos de encima.

— ¿Entonces vienes conmigo? — preguntó esperanzado.

—No sé ni por qué, pero iré con una condición.

—La que quieras — dijo rápidamente.

—No me tocarás, no intentarás nada. Me dices lo que me tengas que decir y me dejas irme.

—Trato hecho. Ve a vestirme.

—Voy a bañarme.

—Te pone de mal humor bañarte por las mañanas.

—También me pone de mal humor verte la cara y aquí estás. Además, necesito ese mal humor para poder soportarte.

Me di la vuelta, entré al dormitorio a por la ropa y después al baño.

Media hora después estaba lista. Ethan seguía donde lo dejé en el salón, mirando el móvil. Sonrió al verme y yo lo ignoré por completo. Cogí mi bolso y salimos para montarnos en su coche.

Sotogrande...

A ver qué demonios quería decirme y si era rápido. Me daba miedo caer de nuevo entre sus brazos, el deseo que sentía por él y otras cosas más fuertes me ponían de los nervios, no quería flaquear. Y Ethan no era tonto, sabía lo que me pasaba con él, solo esperaba que no lo usara en mi contra.

Solo me quedaba confiar en que yo sería más fuerte que cualquiera de sus intentos, si es que era lo que quería. Porque si no, ¿para qué demonios me llevaba allí?

Capítulo 4

El camino lo hicimos en silencio. Lo pasé mensajeándome con mi amiga Alejandra. Quería hacerla creer que iba a casa de mi prima Lisa, que iba a comer con ella y a pasar el día allí, eso la tranquilizó. Así me dejaría más tranquila el resto del día.

Llegamos a Sotogrande, cuando Rosa me vio entrar con Ethan se le descompuso el rostro. Con disimulo yo le guiñé el ojo tranquilizándola, pues quería que supiera que no iba a decir nada de aquella frase que me dijo.

Rosa, por favor, vamos a estar en la terraza. Me gustaría que nos llevara una botella de vino y nos preparase una paella.

—Está bien, señor, ahora mismo.

—No pienso beber — dije mientras lo seguía al jardín.

Él ignoró lo que le había dicho. Nos sentamos en la terraza, me miró fijamente, mientras que yo aparentaba tranquilidad, pero tenía sentimientos encontrados.

— ¿Estás segura de querer saber todo?

—Tú para ser juez eres gilipollas ¿verdad, señoría? Que no quiero saber nada, absolutamente nada. Dime lo que quieras y luego me dejas en mi casa y te olvidas de mí — comenté con actitud de reproche mientras aparecía Rosa con una botella de Rioja y nos servía una copa.

—No pedí dos años de excedencia en mi trabajo. No tengo más nada que arreglar de mis padres. La herencia ya la tengo bien administrada y ellos se encargaron de dejarlo todo bien atado. Me intentaron meter en un tema político de corrupción y estoy en calidad de investigado e inhabilitado por dos años por lo menos. Esa es la razón de tantos viajes.

—No entiendo nada — dije alucinando y ahora sí que quería saber más.

—Me han querido joder la vida por meter en la cárcel a un político de mucho peso. Su partido ha ido a por mí y me ha vinculado a otro aportando testimonios y pruebas falsas.

— ¿Y tú no te has podido defender ni demostrar que no eran ciertas? — pregunté alucinando.

—Al estar en calidad de investigado, ya solo valgo para declarar como tal. Tomaron medidas cautelares. No puedo seguir ejerciendo. En ese momento, me volví loco. Quise ser mi propio defensor y me fui uniendo a gente influyente de la política para poder demostrar que aquellas acusaciones hacia mi persona eran completamente falsas. Me habían engañado. Me habían metido en algo a lo que no pertenecía...

—Estoy flipando...

—Pues, por eso, estoy haciendo continuos viajes, reuniones, haciendo que pertenezco a su círculo. Quiero pruebas, quiero conseguir por mí todo lo que me hace falta para que me libren de la imputación.

—Entonces ¿estás infiltrándote con gente para sacar información?

—Efectivamente, eso es una mafia repartida por todo el mundo. Por eso no quería llevarte de la mano como mi pareja, por eso no quería ponerte en peligro, quería que creyeran que tú eras mi acompañante de lujo....

—Pues lo hiciste de lujo, de verdad. Me sentí eso, una puta muy bien pagada — dije con las lágrimas que empezaban a brotar. — Vi cómo se acercaba y se ponía de cuclillas a un lado de mi silla.

—Escúchame, Maika, no has sido nunca mi putilla ni nada que tenga que ver con ese término que no te mereces tú ni nadie.

—Quiero saber algo — dije con mucho dolor

—Pregúntame lo que quieras...

—¿Para qué me contrataste?

—Me había enamorado de ti. Hacía muchos años que no sentía lo que sentí cuando te vi en aquel pub. Eras la mujer que me hacía sentir lo que durante muchos años he deseado sentir. Eras todo aquello que había buscado, pero sabía que tenía que seguir en mi investigación, pero no quería involucrarte en nada. Sí, quería llevarte conmigo y no tener que renunciar a algo tan hermoso como haber encontrado a la persona que me había devuelto la fe en el futuro, en el amor.

— ¿Y el contrato? — seguía alucinando.

—El contrato era por si pasaba algo en cualquier momento. Quería tuvieras una baza para que no te relacionasen con nada del tema. Ante los ojos del mundo, serías mi acompañante.

— ¿Todo fue para protegerme?

—Pues claro, cariño, además me hizo muy feliz el saber que ibas a acompañarme en todos los viajes en los que tenía que fingir tanto. Me iba a sentir tan vacío, al menos a tu lado todo sería más cálido — decía mientras las lágrimas invadían su rostro.

—Debiste haberme contado la verdad, Ethan.

—No tuve el valor. Pensaba que no ibas a creer que era inocente. Tenía mucho miedo a que no quisieras acompañarme.

— ¿Bruno, está al tanto de todo? ¿Él está también imputado?

—Él sigue ejerciendo de comisario, además el me cree, el confía plenamente en mí. Está usando varios contactos para obtener pruebas. Bruno no tiene nada que ver con esto, pero fue el único que no me dejó solo.

—Pues es una gran persona.

—Ahora, si quieres, puedes irte tranquila, pero sabiendo ya la verdad. No quiero que me tengas miedo. Si quieres comer conmigo, ya que Rosa está haciendo la comida, comemos, si no, te llevo ya...

— ¿Me estas echando?

—Para nada, ojalá te quedaras conmigo, pero si te vas... lo comprendería.

— ¡Una mierda me voy a ir!, yo estoy con Bruno, contigo a muerte, ahora ni aunque me echas, me voy. ¿Cuál es el próximo viaje? Aquí la más puta del mundo se va contigo.

— ¿En serio? — dijo mientras se ponía las dos manos en la cara y rompía a llorar como un niño.

—Escúchame, Ethan. Pensé que no había ni un motivo en el mundo por el que pudiese perdonarte. Pero créeme, si lo había, este es más que suficiente. Soy loca, pero sobre todo odio las injusticias. Te quiero con todo el corazón, me enamoré de ti en todo los sentidos, fue un flechazo, no voy a huir más de ti. A tu lado me quedo — dije mientras me levantaba y lo agarraba para que también lo hiciera y nos fundiéramos en un abrazo, sabía que lo necesitaba.

—Solo quiero decirte una cosa más — añadió repentinamente.

— ¿Qué? No me asustes, por favor.

—No. Es un consejo.

—Suéltalo ya, demonios.

—No me pegues más patadas en los huevos.

Reí en ese instante. El me abrazó con el corazón, así lo sentía. Me reprimé mil veces lo imbécil que había sido por huir de aquel lugar de esa manera. Lo que le faltaba al pobre, otro dolor de cabeza.

En ese momento, vi la cara de Rosa que entraba con la paella. Se quedó impactada al volvernos a ver abrazados. Yo le hice un gesto con mis cejas de lo siento, pero creo que la dejé loca. Nos sirvió la mesa y volvió a retirarse.

—El lunes tengo que ir a París...

— ¿Perdón? ¡Tenemos que ir! Yo no me quedo aquí y dejarte por ahí solo...

—Me alegra mucho que vuelvas a acompañarme, aunque esta vez te pongo un GPS — dijo bromeando.

—Lo que si te digo es una cosa, si ese contrato no tiene validez entre nosotros, mañana te voy a traer tu dinero, total voy a estar de gorra hasta que soluciones el tema — guiñé el ojo.

—No me vas a dar nada, eso es para ti, tenlo para cualquier cosa. No quiero hablar más sobre este asunto. Es tuyo, el dinero ahora mismo no me importa.

—Pero, Ethan...

—No hay más nada que hablar — volvía a aparecer su parte mandona.

En ese momento, llamó Alejandra, tenía el teléfono sobre la mesa, nos miramos y comenzamos a reírnos. Sabíamos que era un tema que ahora era difícil de lidiar, pero yo reí y cogí el teléfono sin miedo.

—Hola, preciosísima mía — dije entusiasmada.

—¿Y ese buen carácter? ¡No me asustes, Alejandra!

—Tenemos que hablar, Alex.

—No, no tenemos que hablar, escupe ahora mismo y no me vengas a decir que estas con ese desgraciado porque voy y te mato, Maika.

—No es ningún desgraciado. Ya me lo ha explicado todo.

—¿Y te lo has creído? ¿Dónde estás? Voy para tu casa ahora mismo.

—Escúchame, enana, nada es lo que te imaginas y todo tiene una explicación que te sacaría de dudas enseguida. Confía en mí, joder.

—Va, cuéntame, pero hazlo rápido que estoy de los nervios.

—Luego te aviso y quedamos para cenar — vi cómo me miraba raro Ethan.

—Vale a las ocho estoy en tu casa.

—Perfecto.

—Pero estoy muy enfadada, me tienes que dar una razón muy convincente para permitir que lo perdones.

—Luego hablamos, mujer de poca fe.

Colgué le teléfono y miré a Ethan que me miraba triste.

—¿Te vas esta noche? — preguntó preocupado.

—Y tú te vienes conmigo. Además, me tienes que llevar. Quiero hablar con ella. Si quieres te puedes quedar, no permitiré que os matéis.

—No es mi intención pelearme con tu amiga — dijo poniendo cara de circunstancias.

—Esta noche te quedas en mi casa, mañana decidimos lo que sea.

—Mañana volvemos aquí y retomamos lo que dejaste — dijo guiñando el ojo

—Perfecto, pues eso hacemos, de todas formas, luego llamaré a mis padres para decirle que volví al trabajo.

—Madre mía la que liaste.

—Cállese, señor imputado, que ahora te puedo decir eso, mejor que señoría — dije sacando la lengua mientras él sonreía negando con la cabeza.

Comimos y luego volvimos a Málaga.

Comencé a preparar las maletas mientras Ethan se puso a cocinar. Un rato después, sonó el timbre de la puerta y mi chico, con dos cojones, sin avisar fue a abrir.

—A ella le habrás engañado, pero conmigo no lo conseguirás — dijo Alejandra de forma borde mientras entraba.

—Baja los humos, petarda — salí a abrazarla.

—No pensé que tuvieras el descaro de tenerlo aquí — dijo señalándolo con gesto de desprecio.

—Anda, sígueme a la habitación — dije jalándola del brazo, dejando a Ethan en la cocina con la cena

—Estás loca, Maika.

—Escucha y déjame que te cuento todo.

—Inténtalo, pero no me convencerás.

La senté en el borde de la cama y le expliqué todo. Ella se quedó con las dos manos en la cara de forma impresionada.

—Joder, si eso es verdad, Ethan me da mucha pena, aunque debió contarte la verdad desde el principio.

—Eso le recrimine yo, pero entiende que es muy fuerte por lo que está atravesando.

—Algo no me cuadra, pero por ahora me convence poco lo que me has contado. Creo que sigue ocultando algo.

—Gracias, amiga, por defenderme siempre.

—Vamos para la cocina, Maika. Quiero disculparme.

Al entrar a la cocina, ella se fue directa para él.

—Señoría, ¿me perdonas?

—Claro — dijo sonriéndole.

—Siento lo que te ha pasado, espero que todo se esclarezca — dijo Alejandra apenada.

—Confío en ello.

Cenamos juntos, luego metimos las maletas en el coche y llevamos a mi amiga a su casa. Me despedí de ella y prometí llamarla al día siguiente.

Llegamos a Sotogrande. Era tarde, así que dejé las maletas abiertas para coger el pijama y al día siguiente lo colocaría todo.

Ethan me invitó a un baño en ese pedazo de jacuzzi.

Estaba sedienta. Sedienta de él, pero esta vez iba yo a ser la que dominara la situación.

Me puse un bikini que le quitaría y el hipo. Y eso fue lo que sucedió. Ethan me esperaba dentro del agua burbujeante. Y yo llegué caminando como si caminara por la alfombra roja y fuese a posar delante de las cámaras para todos los canales de televisión.

—¡Qué buena estás! —exclamó entusiasmado.

—Lo sé. Pero hoy va a ser distinto a la última vez — dije con voz neutra.

—¡Ven que te coma, Maika!

—Tienes que hacer lo que yo te diga.

—Sí, haré lo que me digas.

Me puse en el otro extremo del jacuzzi y, cuando hizo el ademán de acercarse a mí, lo paré estirando la pierna. Mi pie se apoyaba en su pecho.

—Quédate ahí, Ethan. No puedes tocarme. Solo puedes mirarme.

—¿Qué vas a hacer?

—Algo que nadie te ha hecho hasta ahora —dije con tono serio.

—No, por favor, no me hagas sufrir de esta manera.

—Calla, perro fiel— susurré.

Cerré los ojos. No bajé la pierna. En cualquier momento me iba a dar un calambre, pero tenía que conseguir hacerlo, lo que había visto en una película junto a Alejandra hace varios años. Las dos quedamos impactadas.

Apoyé mi cabeza en el borde del jacuzzi. Saqué los brazos del agua como si fuese un ángel. Y me puse a gemir lentamente, sin tocarme, evitando que se acercara. Gemía

despacio, lento, con la voz apagada, débil, y luego, poco a poco, mis gemidos aumentaban su intensidad. Ethan había puesto cara de pez y no me quitaba ojo. Yo seguía reteniéndolo, presionando con mi pie sobre mi pecho.

Simulé que tenía un orgasmo y luego bajé la pierna, y me acerqué hacia él. Ethan no sabía cómo actuar. Puse mi índice en sus labios y él besó la yema de mi dedo. Y luego me aparté. Por la cara que todavía tenía, mi interpretación tuvo que ser mejor que la del aeropuerto.

— ¿Te ha gustado, cariño?

—Sí, pero ¿me vas a dejar así?

—Es lo que hay, por ahora. Lo siento.

—No lo sientes. Eres una cabrona.

—Calla, perro. Has tenido demasiado para lo que te mereces — dije yo de forma animada en mi papel de ama.

A continuación, Ethan cogió una botella de cava que tenía sumergida en la champanera y se puso a beber como un loco, como si hubiese estado cuarenta días en el desierto.

—Muchacho, que te vas a ahogar.

Efectivamente, se puso a toser y a echar espuma por la boca y por las orejas.

—Pero, Ethan, que te he dicho que te vas a ahogar.

—La culpa la tienes tú, que me has dejado paralizado y sin aliento.

—Yo no he hecho nada. Ya no tengo ningún contrato así que hago lo que me apetece. No te va a resultar nada fácil conquistarme.

—Pues, empezamos bien.

—Lo siento — dije como si fuese una niña que se ha enfadado con el mundo.

Después de estar un rato en el jacuzzi, fuimos a su habitación. Antes de dormir, intentó acercarse a mí para ver si yo quería tener sexo.

Pero me estaba encantando hacerle sufrir, así que me dediqué a hablar con él. Insatisfecho, Ethan empezó a dialogar conmigo.

—Parece mentira que un chico como tú se enamorara de una tía como yo en ese instante.

—No puedo explicármelo yo tampoco.

—O sea que no te gusta el hecho de haberte enamorado de mí.

—Claro que me gusta, pero te repito que nunca me había pasado algo así.

—¿Has salido con muchas mujeres, verdad? — pregunté con maldad.

—No te voy a engañar. Sí lo he estado. Pero, como te dije alguna vez, eran mujeres superficiales, mujeres que no se mostraban tal y como eran — explicó con tristeza.

—Lo mismo dirían ellas de ti.

—Seguramente, Maika. Pero quiero que te quede claro que tú has sido la única mujer que se ha mostrado tal cual es.

—Y ¿cómo soy?

—Eres un diamante.

—En bruto, ¿verdad? — añadí yo riendo.

—No seas tonta. No quería decir eso. Pero, tranquila, al estar a mi lado te iré puliendo.

—Una mierda me vas a pulir tú. A mí no me cambia ni mi madre. Ya tienes un punto menos, como en la escuela.

—¿Un negativo? — preguntó el siguiéndome el juego.

—Exacto — sentenció con enfado.

—Perdona, no quería ofenderte. No sé cómo hablarte.

—Eres más idiota... — dije y reí.

En ese instante le di un pequeño empujón, haciéndome la tonta, y el tío va y se cae de la cama. El empujón no fue tan pequeño.

— ¡Hostias! Me he caído — oí una voz desde el suelo.

—Pero, Ethan, ¿estás bien?

—No. Me he hecho daño en la cabeza.

Se levantó con un chichón en la frente. Llamó enseguida a Rosa, que apareció con un camisón blanco. Nos dio un susto a los dos. Parecía un espectro que venía del más allá.

—Señor, ¿qué necesita?

—Hielo, por favor. Me duele mucho.

—No me lo puedo creer. Pero no se puede ser así de imbécil, Ethan. Me estás decepcionando.

—¡Qué bestia eres, Maika!

—Anda, si te lo estás pasando bomba conmigo —dije yo bromeando.

—Pues aún me duelen los testículos, ¿sabes? —me recriminó.

A los veinte segundos, apareció Rosa con una bolsa de hielo y una crema antiinflamatoria. Se la entregó a Ethan y desapareció en las tinieblas del pasillo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿De dónde has sacado a esta sirvienta? Es un chollo.

—Sí que lo es. Servía ya a mis padres. No sé si tiene familia. Pero es muy atenta y trabajadora.

—Ya te digo. Nos ha hecho una paella en veinte minutos.

Dormimos abrazados esa noche, pero sin hacer el amor. Al día siguiente, estuvimos paseando por los alrededores de la casa, bosquecillos y sotos donde la temperatura era agradable y donde el paisaje era atractivo y lleno de belleza: arbustos, pinos y caminos de herradura parecían sumirnos en una ensoñación por momentos.

Me habría encantado tener sexo allí con él, pero no. Quería que sufriera.

A veces intentaba besarme, pero yo lo esquivaba. Notaba cómo le dolían esos rechazos. Yo estaba deseando hacer el amor con él, pero quería sentirme dueña y señora de sus instintos. Y lo estaba consiguiendo.

Durante la comida y la cena, me habló sobre París y sobre nuestro cometido allí. Me sentía como una chica Bond o una de esas protagonistas de Fast and Furious que, de repente, se van a ver envueltas en aventuras muy peligrosas.

Antes de irnos a dormir, me susurró al oído.

— ¿Sabes que te quiero, Maika?

—No digas cosas de las que te puedes arrepentir.

—No sé por qué dices eso.

Encendió la luz de la lámpara. Quería que le diera explicaciones.

— ¿Por qué has dicho eso? — preguntó.

— ¿Otra vez con el disco rayado?

—No te burles de mí, Maika. Estoy siendo sincero contigo.

—Dame tiempo, Ethan — mentí.

Mentí porque lo quería, porque lo necesitaba, porque lo miraba y mi cuerpo temblaba. Pero las palabras de Alejandra pululaban en mi cabeza, esas palabras de desconfianza hacia aquel hombre que parecía víctima de una trama.

—Dame tiempo. Apaga la luz, por favor— repetí con una voz que sonaba a fingida.

—Estás siendo difícil estar contigo y no besarte.

—Lo siento. Debes esperar a que esté preparada —dije yo con una mirada pícara.

—Lo que quieres es hacerme sufrir, ¿verdad? — repuso él con una risa en sus labios.

—Lo que quiero es París —dije yo, cerrando los ojos.

Capítulo 5

París...

La ciudad del amor, el romanticismo puro y duro, donde las parejas van para sentir la euforia del cariño, donde...

Nosotros dos vamos a estar de espías.

Me descojoné solo de pensarlo, si es que lo mío no era normal, pero bueno, quizás no todo sería buscar pruebas para Ethan que oye, estaba claro que era lo más importante, iría al fin del mundo por ayudarlo a salir del lío en el que lo habían involucrado, pero París... Una cena romántica en la Torre Eiffel no vendría mal.

Bajamos del avión y ya teníamos una limusina esperándonos en la puerta, nos guardaron el equipaje y nos sentamos en la parte de atrás.

En ese momento me sentí como cuando llegamos a Nápoles, solo que esta vez las calles no eran sucias y todo el mundo iba a su puñetera bola. No. París era otro mundo, edificios de época bien cuidados, se notaba que la gente era bastante respetuosa con todo en general.

—Hôtel Le Royal Monceau Raffles Paris — dije a mi manera cuando bajamos de la limusina y leí el nombre del hotel.

—Raffles — me corrigió Ethan.

—Pues lo que yo dije — lo miré malamente, odiaba que me corrigiera.

—No, dijiste Ruffles, y Ruffles son las patatas fritas, ya sabes, esas de jamón que tanto te gustan.

—Raffles, Ruffles, Riffles, qué más da — dije airada de repente.

—Los idiomas no son lo tuyo, ¿eh?

— ¿Tiene alguna queja, señor juez? — pregunté con las cejas arqueadas.

—Bonjour, Monsieur. Madame...

Un hombre vestido de negro, muy elegante, con un chico al lado con un traje lleno de botones, que claramente era el botones, nos saludó.

—Bonjour... — comenzó Ethan y yo lo interrumpí.

—No, verá. Él ser Ethan. Yo ser Maika — dije como en indio a ver si el pobre hombre me entendía. Ethan comenzó a reírse a carcajadas y el hombre de negro me miraba serio, sin pestañear —. ¿Qué pasa? — pregunté mirando a mi amor — Es que creo que nos confunden con otros.

—Cariño, eso es señor y señora en francés.

—Oh — me puse colorada de repente y se me quitó todo de golpe al entender lo de señora —, pues ya puedes decirle que a mí de señora poco, aún no tengo arrugas, señorita ya está bien.

—Se lo diré — Ethan seguía riendo.

Seguimos al hombre de negro dentro, nos entregó la tarjeta de la habitación y el botones nos acompañó hasta ella. Dejó los bultos dentro del dormitorio. Ethan le dio una propina de 50€ y el chaval se marchó.

—Joder, por 50€ también subo las maletas yo y me das el dinero a mí.

—Si quieres dinero, solo tienes que pedirlo.

—Sí, hombre, si tengo el tuyo guardado. Soy cara dura pero no para tanto.

—Maika, tendrás gastos y a lo mejor quieres salir sola a comprar. Después te doy dinero y úsalo como quieras.

—No soy una pu...

—Como vuelvas a decirlo, te azotaré, y sabes que lo hago.

Volví a mirarlo malamente y lo dejé allí. Salí directamente al balcón y me quedé con la boca abierta.

— ¿Toda la ciudad es así? — pregunté cuando noté a Ethan detrás de mí.

—Sí y no. El hotel es uno de los mejores ubicados. Todo eso que ves, son los Campos Elíseos, tenemos las mejores vistas de la ciudad.

—Debe de costar una pasta — estaba impresionada.

—Puedo permitírmelo.

—Sabía que los jueces cobrabais bien, Ethan, pero no imaginé que para tanto.

— ¿Te apetece dar una vuelta por la ciudad? — preguntó cambiando de tema.

—Pero necesito una ducha antes — giré la cabeza y lo miré.

— ¿Tú? ¿Una ducha por la mañana? Que Dios nos pille confesados...

Le di un cate, fui a abrir mi maleta y elegí la ropa. Después de la ducha ya me sentía con las fuerzas para darme caminatas. Porque no pensaba montarme en ningún coche y se lo dije a Ethan, quería andar y conocer cada rincón de esa ciudad. No iba a olvidarla en la vida.

Me extrañó que no pusiera pegatas, pero lo entendí cuando, una hora después, con los taconazos que me había puesto, acabamos llamando a un taxi para que nos llevara a un centro comercial que estaba cerca.

Nos sentamos a tomarnos un vino, yo descalza, y después decidimos ir de compras. Por mí, hubiera ido descalza, pero la mirada de Ethan me hizo saber que no lo iba a permitir.

Así que, como insistía tanto en que me comprara lo que me diera la gana, lo primero que hice fue entrar en una tienda de zapatos y ponerme unos casi planos. Unas deportivas, para qué vamos a mentir, no quedaban muy bien con mi vestido de cuero, pero anduviera yo caliente...

Como Ethan me dijo que esa noche iríamos a comer a la casa de una persona muy importante a la que, con suerte, podría sacarle información en su beneficio (este hombre era demasiado técnico hablando), todo para decir que podía ayudarle lo que le contaran, paseamos por las tiendas de ropa para que me comprara el traje que quisiera.

O eso me dijo, porque al final no fue así.

Ese es demasiado... vulgar.

Ese es demasiado corto.

No, tan largo tampoco.

¿Ese? ¿No puede ser negro?

Al final, hasta las narices de él, salí del probador en ropa interior.

—No pienso probarme ninguno más — me crucé de brazos.

—Tápate — ya estaba en modo macho posesivo.

—Aquí solo hay mujeres, no verán nada que ellas no tengan. Y o te callas, o te juro por Snoopy que me pongo el vestido de leopardo para la fiesta.

Esperé un rato a que me llevara la contraria, pero no lo hizo, suspiró y me hizo señales para que volviera al probador y me probara lo que quisiera.

La siguiente vez que salí, fue con un vestido negro, con un escote de vértigo y una raja en la pierna que un poco más y se me veía el tanga. Pero me quedaba de escándalo. Así que salí con el vestido, sí, pero doblado, sin enseñárselo, ya lo vería por la noche.

No le hizo mucha gracia, pero era lo que había.

Pasamos el día paseando por los lugares más emblemáticos de París y haciendo fotos por la ciudad, al final la conocería y todo, no íbamos solo de espías, menos mal.

Estuvimos en los Jardines de Luxemburgo empujando barquitos como si fuésemos dos críos y merendamos en Chanson, una cafetería popular, que estaba cerca de los jardines. Estaba hambrienta y me zampé dos tazas de chocolate y una docena de crepes. El camarero estaba asustado.

París da hambre y ser espía también.

Cogimos un taxi y nos acercamos a los Campos Elíseos. Aquella zona era un hervidero de gente. Tiendas y boutiques llenaban aquellas calles. Yo alucinaba con los escaparates. Entramos a Louis Vuitton y me compré un cinturón que costaba más que toda la ropa que Alejandra y yo teníamos en los armarios.

Llegamos al hotel por la tarde, nos duchamos y nos preparamos para la fiesta. A Ethan casi se le salen los ojos de las órbitas al verme con el vestido puesto.

—Quieto y parado — le hice un gesto con la mano—, tenemos que irnos ya, tú querías llegar de los primeros.

—En este momento me está dando igual llegar el último — seguía acercándose a mí —, pero no sales de aquí sin que primero yo te quite el vestido.

—Su señoría, estoy de punta en blanco, no me tocas ni una pestaña.

—Estás irresistible — dijo embelesado.

—No puedes despeinarme ni arrugarme, por favor. Además, sigues castigado.

Pero ya era tarde, ya me había pegado por completo a él y yo me estaba temiendo lo peor. O lo mejor en ese caso, porque verlo con el esmoquin ya me había excitado.

Metió la mano por la raja de la falda del vestido, directo al grano.

—Uno rápido — dijo tras besarme. Me habría dejado sin labial, sus labios estaban rojos.

—No — no soné muy convincente.

—No voy ni a desnudarte, pero no puedo salir con esta erección — hizo un movimiento de caderas para que la notara.

—Respira hondo, se te pasará.

A él lo que yo le decía le importaba tres pepinos, ya estaba desabrochándose el cinturón. Minutos después tenía los pechos fuera del vestido, mi pierna en su cadera y él dentro de mí.

Fue rápido, me dejó como nueva sexualmente pero casi muero al mirarme al espejo.

Lo había pasado mal los días anteriores. Había estado bajo la presión de una dieta muy estricta.

—Joder, menudo desastre — gemí.

De nuevo a vestirme, pero ya no quedé como la primera vez. Eso sin contar que mi cara reflejaba lo bien que lo había pasado minutos antes.

Salimos del hotel agarrados de la mano y entramos en la mansión del señor en cuestión, un político que yo no conocía de nada y mucho menos iba a acordarme del nombre del franchute. Escupiría varias veces al decirlo.

La fiesta estaba repleta de gente de etiqueta, con aparcacoches y todo. Nada más entrar nos ofrecieron una copa de cava a la vez que nos recogían los abrigos.

— ¿Recuerdas todo lo que te he dicho en el coche? — preguntó en mi oído mientras entrábamos al salón.

—Sí, tengo que despistar a la mujer del franchute.

—Eso mismo. Haz lo que sea, pero necesito hablar con él a solas.

—Muy bien, pero primero tendré que saber quién es ella.

—Tranquila, ahí llega.

Joder, Barbie era poco.

Yo en ese momento solo pude pensar en la Asun. ¿Alejandra y yo la llamábamos Barbie? ¿Entonces esta qué era? ¿Una muñeca de silicona?

Flipé, después me llamaban a mí choni.

No os preocupéis, no os la voy a describir mucho, no vaya a ser que a más de uno se os revuelva el estómago y yo no sé si estáis leyendo esto, acostados en la cama o comiendo, así que por si acaso, Carmen de Mairena lo resume todo.

En fin...

Sigamos con lo importante.

Carmen se acercó a nosotros de la mano de un chico al menos 30 años más joven que ella y no, no soy exagerada.

—Ethan, cómo me alegra que hayas venido — dijo ella con una sonrisa enorme y dentadura postiza, seguro.

—Marlene... Veo que sigues tan bien como siempre.

Tosí, porque no podía reírme. Este hombre era encantador pero un embustero de primera.

—Alan — Ethan miró al otro hombre —, cuánto tiempo sin verte también.

—Sí, demasiado trabajo, ya sabes cómo es esto. Ni dormir nos dejan.

—Lo sé bien. Ella es Maika, mi novia.

¿Novia? ¿Dijo novia? Joder, qué bien sonaba eso. Pero relájate, Maika, solo es un paripé, pensé.

Alan me dio dos besos y Carmen (yo la llamo así, lo siento), me miró de arriba abajo.

—Esta vez te has superado — fue lo único que dijo.

No supe si tomármelo a bien o no. Me estaba tratando como un objeto. Me dieron ganas de pegarle una patada como se la había dado a Ethan, pero, por el bien de la misión, decidí aguantar aquel abuso.

— ¿A qué te dedicas, Maika? — me preguntó la bruja mal siliconada.

— ¿Yo? Soy diseñadora de moda — eso me dijo Ethan que dijera, con la esperanza de caerle bien. No se le pudo ocurrir nada peor...

Yo, diseñadora de moda, si, en mi armario, solamente tenía vestidos de tubo, tops del Primark y zapatos de plataforma. Y no iba a cambiar todo aquello por aquel traje de fallera.

—Oh, ¿en serio?

—Sí, tengo mi propia marca de ropa. Chonis, está en auge — vale, eso me lo inventé, pero, por muy bien que ellos hablaran español, evidentemente no entenderían nada.

—Me encanta, pues creo que te la robaré, Ethan, Maika tiene algunas cosas que contarme.

—Bueno, yo mucho no puedo contar. Secreto profesional, ya sabe — dije haciéndome la interesante.

—Pero soy una loca de la moda — no puse los ojos en blanco por respeto, porque si era por cómo iba vestida... loca sí que estaba. ¿Lo que llevaba por fuera de los pantalones era un tanga? O se había liado al vestirse o era un nivel de choni que yo no conocía —. Quizás te podría enseñar mi guardarropa y me das algunos consejos. Ya sabes, una tiene que lucir bien.

—Pero Ethan... — ya no intentaba hacerme la interesante, es que me estaba dando miedo ver la ropa de esa mujer.

—Tranquila, te espero aquí — Ethan me dio un beso en los labios y ya la loca de la Carmen me estaba arrastrando escaleras arriba. Yo iba acojonada, en serio.

Y mejor no os cuento cómo era la habitación, solo que tuve pesadillas con ella durante meses.

— ¿Te gusta la moda, entonces?

—Sí, una amiga y yo estamos empezando, confiamos mucho en las posibilidades de esta nueva marca.

— ¿Chonis se llama?

—Sí, en efecto. Suena bien, muy bien. ¿Yo podría vestir Chonis?

Casi me da un ataque de risa. Lo que necesitaba aquella mujer era nacer de nuevo o volver a la taberna de La Guerra de las Galaxias, porque, madre mía, vaya cara.

—Seguro. Tenemos un amplio catálogo. Cuando vuelva a España, te lo mando.

—Oh, gracias. Hace años yo fui modelo —dijo ella con tono alegre.

—Y yo era física nuclear —pensé, pero me callé.

—Aconséjame, por favor. Quiero que me des tu opinión sobre mi ropa.

Cuando abrí el vestido, me di cuenta de que aquello parecía, más que un vestido, una cámara de tortura. Pero, en fin, había que aguantar el tipo por Ethan.

Tres horas después y no sé cuántas copas de champán encima, Carmen salió con un nuevo modelito que, a ver, no era muy de mi estilo, pero mejor que lo suyo seguro que sí.

Todo el mundo la miró mientras bajaba las escaleras y aplaudieron como si fuera la reina de Inglaterra. Yo suspiré de alivio, yo y todos los asistentes, imagino, al ver que al menos iba decente.

Ethan estaba en la puerta, sonriendo y dándome a entender que había conseguido lo que buscaba y que nos íbamos. Nos despedimos de la loca, prometiéndole hacerle algún diseño exclusivo y volvimos al hotel.

Intenté estar todo el camino en silencio porque ni palabras tenía, no sabía qué decir. Pero cuando me senté en la cama del dormitorio y me quité los zapatos, empecé a morirme de la risa.

—Ethan, esto no hay dinero que lo pague — dije descojonada —, dime que no era un tanga lo que llevaba por encima de la ropa.

—Lo era — él también reía.

—Madre de Dios, después se quejan de mi ropa. Si Marcelo la viera...

—Yo no tengo nada en contra de ese vestido — dijo señalando el mío —, pero si te lo quitas, mejor.

— ¿No tuvo suficiente con lo de antes, su señoría?

— ¿De ti? Nunca.

Después de eso, estábamos desnudos y sin poder dejar de tocarnos.

El siguiente día en París estuvimos de turismo, comprando ropa y cosas que no necesitábamos, pero Ethan estaba generoso y yo no veía que estuviera mal aceptarle algún que otro regalo.

Volvimos a los Jardines de Luxemburgo a mediodía, porque me había gustado lo de empujar los barquitos en la fuente. Había que ser infantil, pero yo era así. Y volvimos a la misma cafetería y el camarero al verme de nuevo se asustó. Esta vez no me pedí dos tazas de chocolate, sino tres.

—¿Estás loca? — preguntó.

—¿Por qué? No va a poder comer una, joder.

—Te vas a poner mala. Te vas a poner como una ...

—Venga, dilo, que te parto aquí la cara o te hago algo peor.

Ethan se llevó las manos a la entrepierna y puso una cara cómica. Yo seguía tragando. Luego llegaron los crepes y los mojé en el chocolate. Me estaba pringando. Ethan se reía por no morir de la vergüenza. Pero yo lo estaba disfrutando muchísimo.

Estaba en París, metida en una aventura y con un chico guapo, guapo. Además, no había probado un chocolate como aquel y los crepes se deshacían dentro de mi boca.

—Hija, veo que lo estás disfrutando — dijo Ethan con sarcasmo.

—No hace falta que lo jures.

—Nunca te he visto comer así — comentó él asustado.

—Bueno, pues porque no viste como la Asun se comía nuestras pizzas.

—¿La Asun? ¿Quién es esa? ¿De qué pizzas hablas?

—La Asun es la que nos invitó a Alejandra y a mí al pub donde te conocimos y lo de las pizzas, mejor que no lo sepas, porque la Asun y yo acabamos tirándonos de los pelos.

Nos dormimos temprano para poder seguir visitando la ciudad al día siguiente.

Nos levantamos a la vez que amanecía y fuimos a visitar el Museo del Louvre, pasamos casi todo el día allí, aquello era inmenso y nunca me había interesado el arte, pero las obras que vi eran realmente impresionantes.

Quería conocer el famoso cuadro de La Mona Lisa y, después de darme de codazos con la gente, pudimos estar frente a ella durante unos minutos. Era un cuadro pequeño, coqueto y, cuando miré a los ojos de aquella enigmática mujer, sentí miedo y alegría al mismo tiempo. Era una mirada misteriosa que te traspasaba.

Volvió a entrarme hambre y nos tomamos un aperitivo en la cafetería del museo: un Martini con unos canapés exquisitos. A Alejandra le compré unos imanes para la nevera y a Marcelo un pañuelo precioso con un estampado de un cuadro de Ingres.

La limusina nos recogió por la tarde donde Ethan le dijo y nos dejó justo en la Torre Eiffel.

Miré a Ethan alucinada y emocionada.

— ¿Sabes que hablas en sueños? — dijo mientras me abrazaba por la cintura.

— ¿Yo? Joder... ¿Y qué dije?

—Hablaste sobre las ganas que tenías de venir aquí. Y yo no iba a irme sin mostrarte el lugar más espectacular de París.

Sin esperar la inmensa cola que se formaba de gente para subir, entramos directamente al enseñar una tarjeta que Ethan tenía en la cartera. Subimos arriba del todo y aquello sí que era otro mundo.

Me apoyé en la barandilla, sin poder dejar de hacer fotos de París. Estaba anocheciendo y aquello era para llorar, precioso.

—Gracias por esto — dijo Ethan en mi oído.

Me giré y lo miré, extrañada.

—¿Gracias? No te entiendo, Ethan.

—Lo que estoy viviendo contigo, Maika... Nunca pensé...

No le salían las palabras, pero yo lo estaba viviendo igual.

—Pensé que era la única que sentía que había algo especial entre nosotros.

—No es así. No pude borrarte de mi cabeza. Me asusté mucho cuando dejaste Costa Rica. Pensé que no iba a volver a verte más.

—Estaba asustada, Ethan.

—Tenías razones para estarlo. Luego me di cuenta de que fui muy borde contigo. Yo había perdido literalmente los papeles.

—Tengo la sensación de no conocerte en realidad. Desde la noche en que coincidimos en aquel pub, cuando me manchaste con el gin-tonic, he tenido la sensación de que estaba ante un hombre que no tenía nada que ver conmigo —expliqué con voz temblorosa.

—Siempre creí que la vida iba a ser fácil para una persona como yo, pero no lo ha sido. Tú eres esa luz que necesito para librarme de las sombras que oscurecen mi corazón.

—No me digas eso, Ethan.

—¿Por qué? —preguntó con expresión triste.

—Porque me das una responsabilidad que no sé si seré capaz de afrontar.

—Lo serás. Te necesito —repitió sin dejar esa expresión triste de su cara.

—Me mientes. No sé si creerte.

Negó con la cabeza y metió las manos en el bolsillo de su pantalón. Sacó una cajita cuadrada, me la dio y a mí casi me da un soponcio.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Sacó un anillo de brillantes y me lo puso en el dedo.

—Es mi forma de mostrarte que eres especial. Aún no nos conocemos demasiado, pero quiero que sepas que tienes un lugar importante en mi vida. Y gracias por darme otra oportunidad.

No sabía qué decir, no era una declaración formal, pero sí algo importante. Me mordí los labios y lo abracé. Lo besé dulcemente y seguí en silencio.

Y así nos quedamos los dos, mirando París de noche, solo disfrutando de ese momento.

Al día siguiente, volvimos a España con todo el dolor de mi corazón, me hubiese quedado en aquel país un mes por lo menos, pero ya volvíamos, no sin antes prometerme que me volvería a traer.

Capítulo 6

Desperté en la cama de Ethan, él ya no estaba allí, me puse un chándal cómodo, me peiné un poco y fui a buscarlo. Vi la puerta de su despacho medio abierta, golpeé y entré directamente.

—Buenos días, cariño, ¿cómo has dormido?

Con ese saludo no podía estar de mal humor. Me acerqué, me senté en sus rodillas y le di un beso en los labios.

—¿Has desayunado? — le pregunté.

—No, te estaba esperando.

—Yo estoy muerta de hambre — puse un puchero con los labios.

—Dile a Rosa que prepare la mesa fuera, hace un día perfecto para desayunar al sol. Yo termino de ordenar estas pruebas y voy en tu busca.

—OK, pero no tardes.

Le di otro beso, esta vez más lento.

—Como sigas así, ni trabajo, ni desayuno, ni nada.

—Ah, no, después del café o no soy persona.

Me levanté y me dio un cachete en el trasero.

— ¿Maika?

Me giré antes de salir por la puerta.

— ¿Sí?

— ¿Por qué no llevas una de mis camisas hoy?

Sonreí, estaba como una cabra, siempre pensando en lo mismo.

— Por lo mismo que tú no me has despertado como deberías hoy — le guiñé un ojo y me fui directa a la cocina.

Rosa estaba allí preparando las cosas para el almuerzo.

— Buenos días, Rosa.

—Buenos días, Maika. ¿Quieres desayunar?

—Pfff, la verdad es que me muero de hambre. Ethan quiere desayunar en el porche.

—Lo preparo en un momento y te hago un desayuno de campeonato.

—Vale, pero sin prisas. Antes quiero mi Nespresso y fumarme un cigarro tranquila. Pero yo me lo preparo — dije cuando la vi ir directamente a la cafetera.

—Está bien. ¿Tostadas?

—Rosa, me como una vaca. Pon todo lo que quieras.

– Me alegra que usted esté aquí —dijo ella con satisfacción.

– Rosa, me preocupó mucho aquello que me dijiste.

– No recuerdo nada —mintió claramente.

– Sí, cuando vine a por mis cosas y me dijo que hacía muy bien en huir, en alejarme de Ethan y de esta casa.

– Me pilló en un momento de ofuscación. Perdona si fui un poco atrevida. No volverá a pasar.

– ¿Por qué dijo aquello, Rosa? — pregunté con inquietud.

– Será mejor que nos olvidemos de aquel asunto. Lo importante es que usted ahora es muy feliz con el señor.

– Sí, pero eso no es una razón. Me dejas intranquila.

– No se preocupe, de verdad. A veces son cosas que se me escapan y que no pienso previamente — respondió ella con una sonrisa entre los labios.

– Está bien. Veo que no puedo sonsacarte nada. Siento haberte molestado, Rosa.

– No me pida disculpas. Disfrute el momento — sentenció con una voz neutra.

Me senté a la mesa de la cocina con mi café y mi cigarro. Me encantaba ese momento de soledad, aunque estuviera acompañada por Rosa, pululando por ahí, pero se mantenía en silencio y yo aprovechaba para mirar el móvil.

Tenía varios mensajes de Alejandra que no contesté y aproveché para hacerlo.

Cuando Rosa me dijo que el desayuno estaba listo, fui al porche y poco después apareció Ethan.

Nos sentamos y devoramos todo lo que nos había puesto, estábamos realmente hambrientos.

— ¿Qué te apetece hacer hoy? — preguntó Ethan cuando terminamos de comer.

— ¿No tienes trabajo?

—No, dejé listo lo que quería, hoy no tengo ganas de comerme la cabeza mucho más. Ya mañana será otro día.

—Guay, pues si te digo la verdad, no quiero hacer nada.

—Eso sí que es extraño.

—Me gustaría pasar el día aquí, no sé, estar relajados, leer algo o ver una película, jugar a un juego de mesa... Lo que sea pero sin mover mi culo del sofá. He andado en París para los próximos tres meses.

—Pero si casi siempre hemos ido en coche — rio.

—Ya, bueno, pero estoy cansada. Viajar agota, ¿sabes?

— ¿No te gusta viajar?

—Yo no dije eso, su señoría, dije que agota. Y tengo jet lag.

Con eso ya se partía de la risa.

— ¿Qué? — pregunté intrigada.

—No puedes tener por haber ido a París.

—Porque tú lo digas — para cabezona, yo.

—A ver, cariño, el jet lag es tras un viaje muuuuuuy largo en avión. No a París.

—Pero a mí se me hizo eterno y estoy cansada. Además, ¿no has preguntado tú qué quería hacer? Pues no quiero hacer nada — me crucé de brazos como una niña pequeña.

—Está bien, me rindo — dijo riendo —. Pero si se te ocurre algo, no seas cabezota y me dices, ¿vale?

—Mmmm...

—Pues creo que tus planes de relax se van a fastidiar — dijo después de leer el mensaje que le había llegado al móvil.

— ¿Por? No, Ethan, no quiero ir a ningún lado.

—No, peor que eso — torció el gesto.

—Miedo me das...

—Bruno viene a comer.

—Ah, bueno, pero él no me molesta.

—Dije Bruno.

—Sí, ya te oí, el chico Profident — afirmé con la cabeza y me encendí un cigarro.

— ¿Chico Profident? ¿Siempre tienes que ponerle motes a la gente? — preguntó riendo.

—Es una manía que tengo gracias a Alejandra, ya sabes.

—Mira, puedes invitarla también.

—Te dije que quería estar tranquila.

—Como quieras, es tu amiga.

—Paso... — pero ya estaba escribiéndole a la loca de mi amiga para que viniera a comer.

Su respuesta fue rápida, estaba trabajando y le sería imposible, pero quedamos en vernos en los próximos días, tenía muchas cosas que contarle.

Terminé el cigarro, dejé a Ethan hablando con Rosa sobre el almuerzo y me fui al sofá, ese día estaría vaga total, no pensaba moverme.

Puse la televisión, estaban echando los documentales que tanto me gustaban sobre crímenes pasionales, me acomodé y me quedé embobada a la pantalla.

Es que ni para comer iba a levantarme, qué pereza...

Un rato después aparecía Bruno.

- Hola, comisario ¿Qué tal? — dije sacándole la lengua.

—Hola, fugitiva, casi te pongo en desaparecidos los otros días — bromeó

—Hace mucho calor en Costa Rica y ya sabes los bombones se derriten al sol —bromeé.

—Claro y los jueces se quedan tirados... — soltó una carcajada y me dio en la cabeza con el periódico que llevaba en las manos

—¿De qué os reís?

—Hombre, mi gran amigo Ethan — dijo dándole un abrazo.

—Vamos al jardín que nos espera un rioja especial que tengo reservado para los mejores amigos.

—Serás capullo... y conmigo no lo abriste. Qué lástima de mí, para lo que he quedado — reí mientras los miraba.

Parecían dos adolescentes y no pude evitar recordar, en ese instante, nuestro encuentro en la discoteca. Todo transcurrió tan deprisa y todo fue tan accidental, pero ahí estábamos nosotros, juntos.

Gracias a aquella fiesta de la Asun, Ethan se había convertido en una nueva ilusión en mi vida y en ese amor que siempre había echado en falta, porque, hasta la fecha, solo había salido con lo peor de cada casa. Claro, lo mismo podrían decir de mí las madres de aquellos chicos.

—Anda, vente que te damos el honor de que lo cates la primera— dijo Bruno.

—Yo paso. Ahora me acerco. Me niego a levantar el culo del sofá, estoy en plan vaga.

En esos momentos, Ethan me cogió en brazos a pesar de mis puñetazos y me llevó al jardín, y me sentó en el balancín que había cerca de la mesa.

Qué tonta me ponía a veces y cómo me gustaba que me tratara como a una niña pequeña.

—Rosa, deja todo aquí, ya nos servimos nosotros — ordenó Ethan.

—Buen rioja, sí, señor — dijo Bruno mirando la botella.

—Sois unos borrachos — arremetí.

—Y tú eres una impertinente — guiñó el ojo Ethan.

—Y tu un imputado — bromeé.

—Y yo un comisario y ya nos callamos todos — rio Bruno.

—Holaaaa, chicossssss — gritó ante mi asombro mi amiga desde la puerta.

— ¿Qué haces aquí? ¿No estabas trabajando? — pregunté asombrada.

—Tu juez me ha pagado otro año sabático a mí — bromeó ante la risa de todos— Le dije a mi jefe que mi hermana se había puesto de parto.

—Pero si no tienes hermanos...

—Ya, pero es lo que hay, no tiene por qué saber mi vida privada — dijo mientras señalaba al vino para que le echaran una copa.

—Qué morro tienes — dije mientras la abrazaba.

—¿Yo? Morro tú, con tu nueva vida al estilo Angelina Jolie.

—Vaya dos, te compadezco, hermano... — dijo Bruno a Ethan mientras llenaba las copas.

—Ya, ya, es lo que me ha tocado.

—Nadie te obliga a aguantarnos — dije chulescamente.

—Qué alegría. Ya no trabajo hasta el lunes — dijo Alejandra.

—Ni yo... — respondió Bruno levantando las manos.

—Podríamos hacer algo este fin de semana, irnos mañana por la mañana a algún sitio hasta el domingo y que lo paguen los ricos — dijo Alejandra descojonada, señalando a los chicos.

—A mí no me apetece, si te digo la verdad. Yo quería descansar — dije poniendo cara de muerta.

—Podemos ir al chalet que mis padres tienen en Caños de Meca — propuso Bruno.

—Sí, claro, a darles por culo, lo que les faltaba a los pobres — dijo Alejandra.

—Qué va. No viven allí. Mis padres viven aquí, pero tienen esa casa en Cádiz.

—Venga del tirón, me apunto — dijo Alejandra saltando mientras tocaba las palmas.

Ethan puso música de fondo mientras tapeábamos y tomábamos rioja en el jardín, Bruno estaba muy atento a mi amiga y ella le seguía el juego. Ethan y yo reíamos por ello. Con nuestras miradas, sabíamos que había muchas posibilidades de que ellos dos se liaran ese fin de semana.

Al caer la tarde, se fueron a sus casas, quedando en volver por la mañana para irnos todos juntos hacía Los Caños de Meca.

—¿Tú crees que Bruno y Alejandra se gustan? — preguntó Ethan.

—No lo sé, pero se lo han pasado muy bien juntos.

—Los he visto tontear mucho — insistió él con vehemencia.

—Déjalos. Que se enrolen. A Alejandra no le vendría nada mal.

—¿Por qué? ¿Lo ha pasado mal en alguna relación anterior?

—Ethan, ha tenido mala suerte en el amor, aunque suene título de canción. Ha salido con tipejos. Somos muy parecidas y, para mí, es una persona muy importante. Cuando la veo sonreír, me llena de alegría. Y hoy la he visto sonreír con Bruno. Alejandra tiene un carácter muy parecido al mío.

—No jodas, Maika. Pues que se prepare los huevos el pobre Bruno.

—No seas tonto. Somos inofensivas — dije yo sonriendo.

—Sois inofensivas cuando estáis durmiendo.

—Tienes muy mala opinión de las mujeres como nosotras. Muchos hombres, en el fondo, añoráis a vuestras madres y buscáis en vuestras parejas una madraza, una mujer dulce, servil y obediente.

—No creo que sea eso. No te pongas filosófica — dijo Ethan sonriendo.

—No me estoy poniendo filosófica. Es lo que pienso de verdad. Muchos hombres piensan que una mujer es una mascota y tú eres uno de ellos. Pues conmigo vas listo.

—Eso no es cierto. Me encanta estar contigo. Eres de las mejores cosas que me han pasado en la vida — dijo él contrariado.

—Yo quiero dejártelo claro. No soy tu madre. Y Alejandra tampoco — sentenció categórica.

—Ya lo sé. No eres mi madre. Sabes defenderte muy bien. Eres un diamante en bruto, pero bruto, bruto.

—¿Te gustan las patadas en los huevos, verdad?

—No, no, no, Maika. Me estoy quietecito — susurró acobardado.

Me gustaba ponerlo en apuros. Me encantaba ver que se amedrentaba a lo largo de la conversación. La luz de la tarde era un resquicio de anaranjada claridad que

palpitaba entre los árboles. Estaba feliz y a Ethan también lo vi disfrutar de mi compañía, pese a lo mal que lo estaba pasando con sus asuntos legales.

—A veces pienso que todo esto es un sueño — dije arrebujándome.

—¿Por qué? ¿No te gusta pensarlo? — preguntó él acercándose lentamente a mí.

—Sí, me gusta. Pero pienso que, en cualquier momento, voy a despertar.

—No vas a despertar. Es real. Eso te lo aseguro, Maika.

—Hablo en serio. No te pongas a hacer el tonto.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Disfruta del sueño. Disfrútalo, pero ten por seguro que todo esto está sucediendo de verdad.

—¿Me lo juras, Ethan?

—Te lo juro. Sabes que ya no hay contrato.

—No creo que exista tanto amor y tanta felicidad en el mundo. Hay algo en ti que me intranquiliza — manifesté con temor mirándole a los ojos.

—Me ofende que digas eso — dijo dolido antes de besarme en los labios.

La tibia claridad nos envolvía. Éramos dos cuerpos llenos de luz, de calor. Éramos cuerpos transparentes. Y el beso duró unos segundos y pareció que fue la eternidad.

Al menos a mí me lo pareció.

Capítulo 7

Escuché a Rosa recibiendo a Bruno, avisé a Ethan para que se levantase, ya había llegado su amigo.

Nos vestimos y sentimos que ya había llegado Alejandra también, la verdad es que habíamos aprovechado en la cama hasta el último momento.

Rosa nos había preparado a los cuatro un festín de desayuno, de allí salimos directos para Los Caños de Meca en el coche de Ethan.

Al llegar decidimos irnos a la playa a pasar el día en un chiringuito.

Las copas ese día volaban.

A mí ya empezaba a darme vueltas todo, pero no estaba borracha.

Alejandra... Esa ya era otro cantar. Estaba como una cuba. Y si de normal se comportaba loca, borracha perdida era tremenda.

—Otra — dijo mi amiga tras poner el vaso vacío de nuevo en la mesa.

—Ninguna más — negué yo con la cabeza, mirando a Ethan y Bruno.

—¿Qué eres, mi madre? — preguntó enfadada.

—No, pero sí quién te aguantará cuando te pongas a vomitar. Que ya nos conocemos.

— La que echó el pato con solo dos chupitos fuiste tú la primera vez que bebiste.

—Y por eso desde entonces me controlo. No como otras. ¿Te recuerdo al Richard?

—Eso es un golpe bajo — gimió y me mató con la mirada para que no contara nada.

— ¿Quién es el Richard? — preguntó Ethan, el juez y su curiosidad.

—Nadie — dijo Alejandra rápidamente.

Le hizo señas al camarero para que pusieran otra ronda.

—¿Quién es? — insistió Bruno

— ¿Un ex novio?

—Pues verás... — empecé y me interrumpió la loca.

— Mierda, cállate, se me va a revolver el estómago.

—Normal — empecé a descojonarme—, aquí mi amiga, con una borrachera del quince, se lio con un adonis, un macho man de primera.

—Eso no es raro — Ethan se encogió de hombros.

—Claro que no, ¿queréis ver al adonis? — pregunté muerta de la risa.

—No me jodas... ¿Tienes su foto? — a Alejandra se le salían los ojos de las órbitas. Empecé a buscar en el móvil, siempre la tenía allí por si alguna vez me quería reír, y ese momento había llegado.

Cuando les mostré la foto del cuarentón sin dientes, a los señores de la ley casi les da algo. Las carcajadas eran tremendas, yo me agarraba el estómago de tanto reír.

— Joder, Alejandra, pensé que tenías mejor gusto — dijo Bruno.

— Estaba borracha — se quejó ella.

— Es que ni eso es excusa — siguió riendo el policía —, si te acuestas con ese, ¿no lo vas a hacer conmigo?

Todos nos quedamos en silencio en ese momento. Yo había notado miradas entre ellos, pero joder, eso no era una indirecta, si no una declaración en toda regla.

— ¿Contigo? — a Alejandra no le había sorprendido nada, le hacían chiribitas los ojos.

Joder, pensé, polvazo a la vista.

—Bueno, es un gran paso — dije.

— ¿Un gran paso? — preguntó Ethan, los otros dos me ignoraban, ya solo se miraban entre ellos.

—Bueno, al menos él tiene dientes Profident. Volvimos a descojonarnos los 4, el camarero trajo otra ronda de bebidas y cambiamos el tema. Pero la tensión sexual que se había creado entre esos dos, ya estaba poniéndome enferma hasta a mí.

—Esos dos acabarán follando — dije mientras miraba cómo bailaban la loca y el chico Profident.

— ¿Te los imaginas juntos? — preguntó Ethan arrastrando las palabras, tenía una borrachera ya...

Me quedé pensativa, intentando imaginarme a esos dos como pareja. En ese momento, Alejandra se refregó contra Bruno.

—Prefiero no imaginármelo — dije poniendo cara de asco. Yo también estaba borracha ya y mi imaginación volaba. Y no era muy agradable imaginarme a mi amiga... Teniendo sexo, vaya.

—Bueno, yo también prefiero imaginarme otras cosas — la voz de Ethan se volvió seductora de repente, su mano acarició mi pierna y paró cuando estuvo justo rozando mi sexo.

—Ethan, que nos pueden ver — intenté quitarle la mano, pero no podía, tenía más fuerza que yo, lo único que conseguí fue que apretara más y yo acabé gimiendo por el contacto.

—Quiero follarte. Ahora — me dio un beso en la oreja después de decirme eso en el oído.

— ¡¿Aquí?! Ni de coña.

—Parece que no me conoces aún, como si fuera a dejar que nos vieran. Ven — se levantó, agarré la mano que me ofrecía y lo acompañé.

Caminamos un poco por la playa y acabamos en unas dunas que había cerca, detrás de un gran matorral.

—Qué romántico — reí cuando me hizo tumbarme en el suelo junto a él.

—Si quieres vamos a la casa.

— ¿Y perderme hacer esto en la playa, con la luz de la luna y este ambiente romántico? — pregunté con ironía, pero en el fondo estaba excitada por hacerlo ahí.

—Maika, estoy borracho, empalmado y necesito hacerlo ahora. ¿Por qué no te callas? — agarró mi culo y me pegó a él.

—Sí, mi señoría.

Me lancé encima de él, desatada por completo, besándolo como si no hubiese mañana. Ese hombre me ponía como nadie, donde fuera, en cualquier circunstancia.

Estaba empezando a pensar que era una enferma del sexo, eso sin contar que había bebido demasiado.

Me senté a horcajadas sobre él después de bajarle el pantalón lo suficiente, con mi falda subida, moví mis braguitas a un lado, cogí su miembro y lo metí dentro de mí.

Pocos movimientos, apenas nos dio tiempo a disfrutar, necesitábamos ese éxtasis en ese instante y lo tuvimos. Lo que se podía definir como un polvo rápido, ni Speedy González.

Nos levantamos, nos pusimos bien la ropa y volvimos al bar.

Alejandra y Bruno seguían bailando, cada vez provocándose más el uno al otro, ya había hasta manoseo. Otros dos que acabarían rápido cuando se cogieran.

Nos sentamos en la misma mesa y pedimos otra copa. Aún quedaba mucha noche por delante, y algún que otro polvo más.

Volvimos como si nada hubiese pasado, ellos seguían en su complicidad, estaban borrachos como cubas, al igual que nosotros.

Ya después de pasar un día de chiringuito sin apartar la mano del vaso, volvimos a la casa.

Esa mañana pensé que me iba a estallar la cabeza, tenía el cuerpo dolorido, como si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Me levanté sin hacer ruido y dejé a Ethan durmiendo en la cama.

En ese momento, sí echaba de menos a Rosa, seguro que ella me tenía el café preparado, aunque yo nunca la dejara, pero con la resaca que tenía, se habría adelantado sin importarle mis quejas. Y yo no me habría quejado en absoluto. El poco ruido que hacía la Nespresso para hacer el café era un suplicio.

Me senté con mi taza y empecé a echarle azúcar al café, estaba tan dolorida que, cuando le di el primer sorbo, casi echo la primera papilla.

—Joder...

Me callé de repente, había hablado demasiado fuerte. Mierda, mi cabeza...

¿Qué demonios había hecho? ¿Cuántas cucharadas de azúcar le había echado? Me iba a dar un subidón con tan solo un sorbo.

Me levanté de la silla enfadada, si ya tenía mal humor recién despierta, con resaca ni lo imagináis... Me preparé otro café y esta vez solo le puse una cucharada de azúcar. Encendí un cigarro y me lo fumé, rezando para que el dolor se me quitara pronto.

Ethan no tardó en aparecer, según él, no podía dormir si yo no estaba en la cama, ni tiempo tuve a fumar.

—¿Te duele mucho? — preguntó en voz baja al mirarme la cara.

—Parece que me han dado una paliza.

—Bebimos demasiado — se preparó un café para él y se sentó a mi lado.

—Si nosotros estamos así, no quiero imaginarme a estos dos. Por cierto, ¿dónde están?

—Durmiendo.

—Sí, imagino, pero el cuarto donde tenía que haber dormido Alejandra está abierto — miré a Ethan con las cejas enarcadas.

—Después de cómo se calentaron anoche, lo extraño sería que no hubieran acabado juntos.

—Joder, Ethan, la que nos espera — gemí.

Adoraba a mi amiga, pero ¿enamorada o pillada por un tío? Era lo peor del mundo. Y encima el tío Profident, para joder más. La que me esperaba...

Y para más dolores de cabeza estaba yo...

Como si la hubiera llamado con mis pensamientos, Alejandra apareció con los pelos revueltos como si se hubiera peleado con alguien, la ropa de la noche anterior puesta, con los botones malamente abrochados y con cara de querer matar a alguien.

—¿Te has acostado vestida? — pregunté sabiendo que eso no era así, se habría puesto la ropa a la ligera para venir a desayunar.

—Sí — dijo ella con toda su cara dura.

—Claro, por eso no llevas ropa interior, haz el favor de taparte, se te transparenta todo — dije señalándole el pecho. Que no me importaba, pero cuanto menos viera Ethan, mejor.

— ¿Taparse? Le voy a quitar la ropa nada más tomarme el café — dijo Bruno entrando en la cocina.

—A mí tú no vuelves a quitarme nada — se quejó ella.

—Anoche no te quejaste.

—Anoche estaba borracha.

—Pues bien, que gritaste.

—De horror.

Ethan y yo no reíamos para que no nos doliera más la cabeza, pero la conversación era cómica.

—Así que acabasteis juntos — dijo Ethan.

—Me emborrachó — Alejandra no iba a dar su brazo a torcer.

—Bueno, Ale, al menos te levantas con un pibonazo. Y con dientes — me reí y me maldije a mí misma, mierda de resaca.

— ¿Por qué no te vas un poquito a la mierda? — me dijo mi amiga — Y tú — miró a Bruno—. Lo de anoche fue por la borrachera, olvídale.

—Sí, gatita — dijo el otro, ignorándola.

— ¿Gatita? ¿Me ha llamado gatita? — Alejandra me miró con los ojos abiertos como platos.

—Pues sí — afirmé con la cabeza.

—Eres una fiera en la cama — dijo él como si nada.

—Y tú eres un tremendo gilipollas — Alejandra se fue de la cocina enfadada.

—Espera, tigresa, tenemos que hablar — Bruno la siguió.

—Después de la pelea, follarán de nuevo — dijo Ethan sonriendo.

— ¿Quieres pelear? — lo miré y le guiñé un ojo.

—Ya estamos tardando — rio él, llevándome a la cama de nuevo.

Después de una mañana en la que al final todos volvimos a dormirnos y a levantarnos cuando ya había pasado la hora de comer, decidimos pedir algo de comida a domicilio, rezando porque en algún lado nos atendieran con lo tarde que era y pasar el día en el chalet.

Estábamos agotados, pero más que nada nos dolía la cabeza horrores.

Las pizzas no tardaron mucho en llegar y nos las comimos tirados en el sofá. Bruno y Alejandra estaban juntos en uno y, aunque se tiraban pullas uno al otro, de vez en cuando terminaban metiéndose mano.

Yo ya ni me sorprendía, lo que me estaba dando era la corazonada de que mi amiga se iba a pillar por el Comisario General de la Policía Nacional. Que oye, era buen tipo y si era el mejor amigo de Ethan, seguro que legal. Pero mi amiga enamorada me daba un pánico enorme. Ya iba a empezar a comprarme pastillas para el dolor de cabeza y tapones para los oídos, sabiendo que me contaría todo con pelos y señales.

Y lo peor no era eso, si no que la tendría que aconsejar. Yo. Aconsejar a alguien sobre relaciones. Había que estar como una cabra.

Nos comimos la película típica de sobremesa de serie B, esa y las dos siguientes, cuando terminaron era la hora de cenar. Preparamos un pequeño picoteo y ninguno fue capaz de probar ni una gota de alcohol, miedo daba.

Nos acostamos temprano y nos levantamos al día siguiente mucho mejor. Preparamos las maletas y nos fuimos con dirección a Sotogrande.

A mitad de camino paramos para tomar algo y descansar las piernas, dejamos a la pareja en casa de Bruno, yo no quise hacer ningún comentario de por qué Alejandra se quedaba allí, y Ethan y yo llegamos en poco tiempo a su casa.

Hogar, dulce hogar...

No era mi casa, pero ya la sentía así.

Capítulo 8

Ethan creía que yo dormía, pero no lo hacía. Me dolía el vientre. No sé por qué. Algo me había sentado mal.

Preferí quedarme un rato en la cama. Me gustaba ese silencio de las camas por la mañana, esa sensación de pereza donde una se regodea, como si no existiese el tiempo, como si la mañana fuese a durar para siempre, toda una eternidad.

La luz del sol acariciaba mi cuerpo. Mis ojos hacían un esfuerzo enorme por abrirse. Estaba deseando besar a Ethan, pero no estaba a mi lado.

Lo escuché a lo lejos. Afuera. Estaba afuera. Me alegró saber que no estaba lejos. Pero su voz, el tono de su voz, era distinto. No era su voz confiada y tersa. No podía imaginar que volvería a escuchar el mismo tono impetuoso que había escuchado antes, en un tiempo que no quería recordar jamás.

Lo escuché con atención y aquel hombre volvía a ser el Ethan borde que yo ya había presenciado, volvía a ser ese hombre rudo, grotesco, de carácter incendiario, al que no le importaba mostrarse vehemente en sus decisiones y amenazar si era necesario.

— ¡Te he dicho que hay que hacerlo como yo digo! ¡No me vengas con esas!

Se oía también una voz que suplicaba al otro lado del auricular. Y Ethan no se amilanaba, le increpaba.

— No quiero más errores. Quitad todo de en medio. Quitad todo. No puede haber nada a la vista. Estoy harto de inútiles. ¡¡¡No sois más que unos inútiles!!! Al que no obedezca, me lo cargo — gritó con enfado y desesperación.

Mi corazón se encogió. No sabía qué estaba pasando. Y lo que era peor. No sabía qué se le estaba pasando por la cabeza a Ethan.

¿Habría de temer de nuevo por mi vida? No, por Dios. Que no volviera a pasar.

A los pocos minutos, entró a la habitación.

No lo vi nervioso ni alterado. Fingía serenidad, pero qué bien lo sabía hacer. Interpretaba mejor que yo. Tímidamente, con voz queda, como quien no sabe nada de nada, quise dialogar con él, haciéndome la tonta.

— ¿Por qué te has ido de mi lado? ¿Por qué no estabas en la cama? — pregunté con voz infantil.

— Porque tenía que hacer unas cosas y no podía dormir bien. Necesitaba un café.

— Podías haberme despertado y yo te habría aliviado, te habría quitado la ansiedad — dije yo estirando los brazos y bostezando.

— No te preocupes. Estabas preciosa. Te he visto dormir y me has parecido una princesa de cuento de hadas, Maika. Me daba pena despertarte.

— No me digas esas cosas que me sonrojas.

—Es cierto. No es un cumplido.

De repente se hizo un extraño silencio entre los dos. Tenía miedo que me descubriera, que supiera que sospechaba de algo.

—Ethan, ¿te encuentras bien? — pregunté seria.

— Claro, ¿por qué voy a encontrarme mal? — mintió claramente al responder.

—No sé. Me ha extrañado tanto que salieras afuera sin despertarme.

—Ya te lo he dicho. Quería tomar un poco de aire fresco. A veces, necesito la soledad.

— Bueno, está bien. No quiero tampoco molestarte con más preguntas estúpidas.

—Sí, Maika, que parece esto un interrogatorio.

Bajé a desayunar y Ethan se tomó otro café conmigo, luego se fue a su despacho diciendo que necesitaba diez minutos.

No me lo esperaba. ¿Cómo, cojones, me iba a esperar yo una cosa así? Nadie podría esperar una cosa así.

Ethan apareció sudando. Respiraba ansioso.

— ¿Qué te pasa? — pregunté alarmada.

—No me pasa nada —contestó con la boca seca.

—Me estás asustando. Algo te pasa. Por Dios, ¿qué demonios te ocurre? —Necesito beber algo — dijo con tono cortante.

— ¡Habla de una vez! — exclamé.

—Haz las maletas. Maika, coge lo esencial. Nos vamos de aquí.

Cuando escuché aquella frase (“Haz las maletas”), me volví loca.

Estábamos huyendo. Ya lo había hecho yo en Costa Rica, tras una situación parecida y ahora era Ethan el que me pedía que lo hiciera, que me fuera junto a él, porque algo malo estaba sucediendo.

—No pienso moverme de aquí hasta que no me des una explicación creíble.

—No quiero un espectáculo. ¡Haz las maletas! — exclamó sin dejar de mover los brazos.

— No voy a huir como si fuese una criminal. Tengo derecho a saber de qué va todo esto.

—No me vengas ahora con esas. No hay tiempo. Entiéndelo. No hay tiempo.

— No quiero que me trates como me trataste en Costa Rica. No quiero que vuelvas a ser ese cabrón que me ha estado utilizando. Por favor ... — supliqué.

Lo vi muy nervioso. Muy nervioso. No paraba de moverse de un lado hacia otro de aquella habitación. Resoplaba. Murmuraba algo que no llegaba a comprender. Me estaba asustando. No me gustaba ver a Ethan en aquel estado de desesperación.

Por favor, merezco una respuesta. Me la merezco.

—Lo sé, Maika. Pero ahora mismo sería una locura. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Por favor, te suplico que no me hagas esto. Somos felices, ¿qué está pasando para que te pongas así?

— No pasa nada. No tienes por qué preocuparte. Solo te he dicho que tenemos que salir de aquí.

— ¿De quién huimos? — pregunté con voz triste. Ethan me miró fijamente.

Calló durante unos segundos. Por un instante, parecía que me iba a decir la verdad. Pero no fue así.

—Maika, ¿tú me quieres?

— Claro que te quiero. ¿A qué viene esa pregunta ahora?

— Porque, si me quieres, debes obedecerme.

— Está bien. Te haré caso.

Me abrazó. Y, después de ese breve abrazo, Ethan se dio la vuelta y entonces la vi.

Vi el arma en su cinto. La culata estaba pegada a su espalda. Tragué saliva.

—¿Estábamos en peligro? Pero esa no era la pregunta más importante. La pregunta más importante era: ¿Quién era Ethan?

No daba crédito a lo que estaba pasando. Ahora yo sí que parecía un personaje de *Fast and Furious*. Dentro de un coche, con un tipo que no sabía quién era en realidad.

No sabía si seguir creyendo en aquella historia que me había relatado con el corazón encogido. ¿Qué significaba esta huida? Estaba más que confusa.

Estaba cegada por el amor y por el nerviosismo de aquella situación en la que la adrenalina se me había disparado

¿De qué sirve decir que tenía miedo? ¿De qué sirve? No se piensa en el miedo, ni en el pánico en una situación como esa. Se vive. Ethan había arrancado su coche y se manejaba con el volante y las marchas como quien está compitiendo en un rally.

—Ethan, por Dios. ¡Nos vamos a matar!

Yo gritaba por instinto de supervivencia, por necesidad de librarme de aquella sensación de vértigo que experimentaba como quien se dirige al cadalso para ser ejecutado.

—¡Tranquila! No nos vamos a matar. Llevo conduciendo desde que tenía diez años.

—Sí, venga, no me jodas.

—No estoy bromeando. ¿Crees que puedo bromear en un momento como este?

—No sé ya qué creerme, Ethan — espeté enfadada, dolida y terriblemente asustada.

Mi padre me llevaba a un circuito de karts desde que tenía siete años. Llevo la velocidad en la sangre.

Ethan cogía el volante con fuerza. Apretaba las manos... Y, en mitad de esa vorágine de horrores, aquella imagen me excitó. Hay que estar loca o enferma. No sé qué decir.

—¿Adónde vamos, Ethan?

—No lo sé todavía. Bueno, más o menos. Déjame pensar, por favor.

—¡¡Estoy harta de tus negativas!! ¡¡Me estás tratando como una mierda!! ¡¡Quiero bajarme de aquí!! ¡¡Déjame bajar!! — grité como una posesa.

En efecto, yo parecía la niña de El Exorcista. Comencé a chillar dentro del coche. A escupir contra el cristal. Aquel repentino brote de locura era consecuencia de toda la ansiedad que había acumulado. Estallé.

—¿Estás loca? Maika, tranquilízate. Vamos a tener un accidente por tu culpa.

—Me da igual. ¡¡¡¡¡Vamos a morir igual!!!! ¡¡Déjame bajar!!

—No te voy a dejar bajar. Mírame. ¡¡Mírame de una puta vez!! ¡¡Y cálmate!!

Lo miré a los ojos y pude ver un rayo de esperanza en su brillo. Ethan sufría por mí. Se preocupaba por mí. Sabía que yo era capaz de abrir la puerta y tirarme al asfalto. Y sentí que debía quedarme en el coche.

El motor de aquel vehículo rugía como no lo había hecho nunca.

De repente, el teléfono de Ethan sonó. Era una llamada de Bruno. Puso el manos libres y escuchamos. Y no sé si aquello fue la mejor terapia para que yo me tranquilizase.

—¡¡No cojas dirección a Cádiz!! ¡¡Te están esperando para detenerte!! ¿Me oyes? — la voz de Bruno sonaba sincera.

—Está bien. No te preocupes — contestó Ethan con calma.

En ese instante, casi me muero. ¿Con quién cojones estaba montada? ¿Quién era aquel tipo del que me había enamorado? ¿Lo iban a detener?

Ethan dio un volantazo. Durante un segundo vi mi vida pasar, incluida la Asun y nuestra pelea en la pizzería.

—¡¡Habla de una puta vez!! ¿Qué pasa?

—Cállate ya. ¡¡Que te calles!! — gritó colérico.

—¿Por qué huyes? ¡¡Dime!! ¿Por qué no das la cara?

Pero Ethan no contestó. Y yo me hundí en el asiento. Y la carretera era una línea de luz y de fuego que me llevaba al mismísimo infierno.

Ethan respiraba con el ansia del que quiere escapar de una trampa y no lo consigue.

Me habría encantado leer la mente de aquel tipo al que estaba atada, pero no había forma. Lo que estaba claro es que la personalidad de Ethan era camaleónica. Alejandra no terminaba de fiarse de él.

A veces pienso que yo intuía algo, pero prefería negarme a aceptarlo. Por amor, seguramente. ¿Por qué el destino me había puesto a aquel hombre en mi camino? ¿Por qué demonios Ethan me tuvo que enviar un mensaje al día siguiente? ¿Por qué mi amiga tiró aquel monedero al centro de la pista? No había respuestas. La suerte, el azar o todo lo contrario: la mala fortuna.

No se puede volver atrás. Ojalá se pudieran enmendar los errores. Ojalá estuviera otra vez en el pupitre del instituto. Ojalá no hubiese contestado al

mensaje de la Asun. Maldita fiesta. ¿Quién era yo al lado de aquel hombre? No era más que otra desconocida. Una extraña. Y la carretera pasaba ante mis ojos como una serpiente oscura que surgía del interior de la tierra.

Temía por mi vida y por la de Ethan, que ahora callaba. Pero yo, que soy muy tozuda, volví a preguntarle.

- ¿Adónde me llevas?
- Esa no es la pregunta, cariño —dijo con sorna.
- ¿Tienes ganas de bromear en medio de este puto circo?
- No. No tengo ganas de bromear. Pero la pregunta no es adónde me llevas. La pregunta es: ¿Adónde vamos? — sentenció sin dejar de mirar a la carretera.
- Estás como una puta cabra, Ethan.
- Ahora me insultas. Antes querías bajarte del coche. ¿A ver quién es la puta cabra?
- Joder, no me vengas ahora con juegos de palabras.
- No son juegos de palabras. Vienes conmigo y eso es muy importante para mí, Maika. De hecho, es lo único que me importa en este momento.
- No te pongas cariñoso.
- No lo hago. Yo también estoy asustado.
- ¿Vamos para Málaga? Esta carretera va para Málaga. Me suena mucho — dije convencida.
- Correcto, chica lista — apuntó sin sonreír.
- Déjate de ironías. No me tranquiliza que tengas miedo, Ethan. ¿Por qué huimos?
- Porque ...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su frente lisa se arrugó y su rostro, sombrío y triste, se untaba ahora de una luz extraña que al final de la carretera anunciaba que la huida se había acabado.

La policía nos estaba esperando.

Cuando parecía que Ethan iba a contarme la verdad, frenó de repente e hizo el ademán de dar un nuevo volantazo para darse la vuelta.

En ese momento, los dos agentes que nos estaban esperando habían desenfundado sus armas. Yo lo miré y él, resignado, destrozado, me atusó el pelo, sin fijarse en que yo estaba sonriendo, como si yo ya supiera todo lo que iba a pasar a continuación.

Porque todo acababa aquí.

Nuestra huida, porque no era la suya solamente, terminaba en esa carretera de un único sentido. Ni un solo coche más.

No existían nubes en el cielo. La brisa hinchaba la ropa de los agentes que se acercaban despacio, muy despacio, hasta nuestro coche.

- Ethan, es la policía.
- Es el fin, Maika.
- Pero, ¿qué estás diciendo? — pregunté con voz temblorosa, ingenua.

Aquella situación me sobrepasaba. La huida había acabado, el miedo y la tensión. Ethan estaba abatido. Echó la cabeza hacia atrás y respiró como aliviado.

- ¿Por qué has dicho que es el fin?
- Pronto lo sabrás — sus palabras sonaron terribles para mis oídos.
- ¡No me asustes! ¡Estoy harta de este miedo! — grité.

Los agentes nos apuntaban. Ethan enseñó sus manos. Miró a los agentes y los agentes me miraron a mí.

El más alto abrió la puerta del conductor y Ethan cayó al suelo empujado por aquel gorila. Yo también caí al asfalto.

Un coche separaba nuestros cuerpos.

La brisa había cesado. Las nubes regresaban a los cielos. Noté un frío en mis muñecas y también un dolor agudo. Me estaban esposando.

Lloré. Saliva sobre el asfalto. Y algunas lágrimas. Pude escuchar la respiración de Ethan por encima de la voz de aquel policía que lo había esposado también y lo apuntaba con el arma a su cabeza.

- ¡¡¡Queda detenido!!! – gritó el policía que lo custodiaba.

Lo que me dijo el agente que me había esposado no lo recuerdo. Acababa en una palabra muy desagradable, impropio para un agente.

Me levantaron y levantaron a Ethan. Su rostro magullado era el rostro de un hombre serio, satisfecho consigo mismo. Era un hombre con esperanza, pese a estar detenido. Yo estaba hundida, pero Ethan parecía elevarse por encima de todos nosotros. Como si una voz interior le dijese: “Tranquilo, amigo. Eres un puto héroe”.

Yo volví a tragar saliva o lo que parecía serlo. Porque tenía seca la garganta. Ethan me sonrió. Y yo no le devolví la sonrisa. No hice nada. Solo hablé.

- ¿Cómo es posible que hayáis detenido a un juez? ¡Qué poca vergüenza!

- Cállate, por favor, Maika – la voz de Ethan era una voz de súplica.

- No voy a callarme. No tienen derecho a hacer lo que están haciendo contigo.

Los agentes se miraron y esbozaron una leve sonrisa.

—Señorita, cálese y se ahorrará muchos problemas – dijo el policía que me había esposado.

Cuando habló aquel hombre, una ráfaga de halitosis impregnó mi cara.

—Joder, ¿cómo te huele el aliento? — espeté enfadada.

Ethan volvió a mirarme. Me estaba desnudando. Lo sé. Luego habló y entonces supe por qué se había acabado la huida.

Ella no es responsable de nada. No es cómplice de nada. Deténganme solo a mí.

—No seré yo quien decida eso, cabronazo — respondió airado uno de los policías.

No recuerdo el orden de aquella sucesión de voces.

—¿Por qué detienen a un juez? ¿No saben que lleva dos años inhabilitado por un engaño?

—Señorita, ¿nos está tomando el pelo? — intervino con sorna el agente que ahora empujaba a Ethan hacia el coche de policía.

—No. Hablo muy en serio.

—Le diré algo — apuntó el policía que tenía frente a mí con cara de perro.

—¿Qué me va a decir? Me importa una mierda.

—Su amigo no es ningún juez.

— ¿Cómo?

Ethan giró la cabeza. Sus ojos brillaban.

—Su amigo es uno de los narcotraficantes más buscados y ahora tenemos todas las pruebas.

En ese momento me di cuenta, había arruinado mi vida, aquella que cambió desde el día que lo conocí, ahora todo iba a ser diferente, iba a pagar el precio más alto que una persona pueda pagar por enamorarse de un desconocido, o la policía no sabía todo o yo estaba engañada...

Capítulo 9

Iba en el coche de policía y no podía creerme lo que estaba pasando. Llevaban las luces y las sirenas encendidas, Ethan iba en el coche de delante. Nunca olvidaría su cara cuando le pusieron las esposas.

Narcotraficante...

Me cago en la madre que me parió.

No podía ser, tenían que estar equivocados, él me dijo que había un complot contra él y estaba buscando pruebas para demostrar su inocencia. No, sencillamente no podía ser.

Pero...

Era juez, por el amor de Dios, ¿cómo iba la policía a confundirlo con un narcotraficante?

Yo no podía dejar de llorar, tenía el corazón encogido, me dolía el pecho. Ya no sabía si por el susto, por el engaño, por miedo... Todo eso era surrealista, yo no podía haber estado viviendo con un capo de la droga y no haberme dado ni puta cuenta.

Pero claro, si no hubiera estado tan cegada por la gran vida que me estaba dando y por él, a lo mejor podía haberme dado cuenta de algunas cosas.

Esas que en su momento me extrañaron, esas conversaciones raras que mantuvo a veces. Joder, tenía que haber notado algo cuando se lió el primer porro.

Aunque quién iba a saber algo así si cualquiera a esas alturas fumaba hachís...

Dios mío... ¿Y ahora qué iba a decirles a mis padres? ¿Cómo iba a mirarlos a la cara? ¿Qué iban a pensar de mí?

Yo no era ninguna criminal y ahora sería cabeza de turco.

No, eso no podía ser, no tenían nada contra mí, yo no sabía absolutamente nada, se aclararía nada más llegar a comisaría y me iría de allí sin mirar atrás.

Bajé la vista hasta las esposas que adornaban mis manos. No podía estar pasándome eso, dios mío, yo no era una criminal.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el respaldar del coche. En ese momento decenas de momentos se me vinieron a la mente: la primera vez en esa fiesta cuando vi a Ethan, cuando vino a devolverme la cartera, la primera vez que me acosté con él...

Esa había sido mi perdición, sin lugar a dudas. El sexo. Si él era realmente lo que decían, no pensaba estar con un hombre nunca más en mi vida.

Me sentía la mujer más idiota del mundo, cómo me había cegado tanto. Joder, si hasta Marcelo me lo dijo desde el primer momento: Ese tío no es juez.

Yo lo había creído desde el principio, tenía una venda en los ojos y no quise ver lo que ocurría realidad.

No, no podía ser. No podía dudar de él, él no me había mentido, tenía que ser un error.

Mi mente era un hervidero de contradicciones, tenía tantas ganas de creerlo y tan poco a lo que agarrarme para hacerlo que me iba a volver loca. El trayecto hacia la comisaría se me estaba haciendo eterno. Necesitaba llegar ya, que me explicaran todo, explicarme yo y que me dejaran irme a casa.

Pero a casa de mis padres, con ellos, quería sentirme segura, dormir y levantarme al día siguiente como si todo eso hubiese sido una cruel pesadilla.

Sí, eso era, como Matrix, la película donde vivían realidades dispares. Tenía que ser eso, un sueño del que me iba a despertar.

En ese momento otra imagen se me vino a la mente: París.

Esa fiesta, esos paseos por la ciudad, la Torre Eiffel...

Un gemido escapó de mi garganta en ese momento, allí me había dicho lo importante que era para él, Ethan no estaba mintiendo en ese momento.

¿Pero qué valor tenían sus palabras? Si me había mentido desde el principio, ¿cómo sabía que no me había mentido en lo demás?

Joder, piensa, Maika. Las veces que te ha hecho el amor. Eso no era mentira, él temblaba de deseo.

Pero era solo eso, me seguí diciendo a mí misma. Sexo. ¿Y alguien a quien usar?

Putra mierda de vida, quería despertarme ya de ese horrible sueño.

Abrí los ojos, deseando despertar en la cama, en los brazos de Ethan. Pero no, seguía dentro del coche policial, detenida por ser la acompañante de un supuesto narcotraficante.

La vida se estaba riendo de mí, seguro.

Tenía que haber sido muy mala persona en otra vida para que me estuviera pasando eso.

No, volví a negar con la cabeza, tenía que mantenerme entera, tenía que ser fuerte, yo no había hecho nada malo, no podían culparme, ¿verdad? Todo saldría a la luz.

Pero en ese momento, me dolía más Ethan. ¿Sería una mentira y lo estaban involucrando? ¿Sería cierto?

Joder, me iba a dar algo.

Respiré profundamente, tenía miedo de preguntar nada, de hablar, hasta de respirar. Me sentía sola y desprotegida, a mi suerte.

Vi la comisaría de lejos, ya pronto se arreglaría todo.

El coche paró justo en la puerta y los agentes bajaron. Vi cómo Ethan salía del primer coche con la cabeza agachada, la giró y miró hacia donde yo aún estaba sentada. Dos lágrimas corrieron por mis mejillas, cerré los ojos para borrar esa imagen de mi mente, la de ese hombre esposado. Y lo que vi no supe si era peor: Ethan sonriendo.

Respiré pesadamente cuando abrieron la puerta del coche en el que yo iba y por primera vez en mi vida recé.

Todo tenía que salir bien.

Era un sitio sucio. Y yo también estaba sucia. Así me sentía por dentro y por fuera.

Un narcotraficante. No podía quitármelo de la cabeza.

¿Cómo se puede superar algo así?

Sí. La comisaría era un sitio sucio.

Me empujaron. Tomaron mis huellas. Me miraban. Y lo hacían con asco, con odio. Con indiferencia. Hay algo que odiaba profundamente y era la indiferencia.

Póngase aquí —dijo un agente bajito y con cara de estudiante de instituto.

Pero, yo no he hecho nada. No he hecho nada, maldita sea.

Póngase aquí. Necesitamos fotos. Si habla, esto se hará más pesado para todos.

Me mantuve firme. Las piernas me temblaban. Y sentía, además de una gran tristeza, una sensación de abandono que me asfixiaba.

—¿No puedo hablar con nadie?

—No. Ahora mismo no. Dentro de un rato, tendrá derecho a una llamada —repuso el agente con voz tímida.

—No me puedo creer nada de lo que me está pasando. No he hecho nada. Nada —repetía yo como un mantra.

—Señorita, por favor. Ya nos queda poco para acabar.

Seguía angustiada. No sabía cuántas fotos me habían hecho ya. No era consciente de la realidad, de mi realidad.

Cuando salí de aquel cuarto, me sentaron en una silla. Me dieron agua en un vaso de plástico. Al beber, tosí y gran parte del agua se vertió en el suelo.

— ¿Se encuentra bien? — me preguntó una agente.

—No. No puedo respirar. Estoy destrozada. Me duele todo.

—Si necesita ropa o una manta, me la pide.

Aquella frase fue lo único amable que escuché en aquel momento, en aquel lugar infestado de sombras y figuras que se desplazaban de un lado a otro.

Aquella agente era una mujer joven. Me miró con ternura y entonces me acordé de mi hermana Arantxa. Se parecía mucho a mi hermana. Diablos.

—Puede llamar en este momento o lo haremos nosotros —dijo una voz cavernosa.

Un hombre de unos cincuenta años con pinta de oficinista me acompañó a otra habitación donde pude telefonar a casa desde un fijo. Tenía la sensación de estar encerrada en un puto laberinto. Todo eran pasillos, compartimentos y pequeñas celdas. Qué asco. Cómo se podía trabajar en un sitio así. Con lo feliz que era en mi tienda, al lado de Marcelo.

Marqué el número de casa. Marqué sabiendo que iba a hundir a cada uno de ellos, que esta vez sí que mataba a mi padre y a mi madre del disgusto. Estuve a punto de colgar y de llamar a Alejandra. Pero me di cuenta de que era el momento de la familia.

Mientras marcaba, pensé en Ethan y me dije “idiota”. Me lo repetí varias veces. A los pocos segundos, la voz de mi padre preguntó:

—Sí, dígame.

—Papá, soy Maika. ¿Cómo estáis?

—Hija, qué cara eres de ver. Hemos llamado a casa, a tu móvil. Nada de nada. ¿No quieres saber nada de nosotros?

—No es eso. He estado muy ocupada — dije yo a punto de romper a llorar.

—Maika, no me engañes. Nos llamas porque pasa algo. No soy imbécil.

Un agente entró al cuarto a escuchar lo que decía. Aquella acción me puso más nerviosa.

—Maika, habla de una vez. ¡Habla de una puta vez! — gritó mi padre.

Nunca lo había escuchado ponerse así. Nunca. Lo peor fue que las voces y los llantos de mi madre ya se escuchaban de fondo. Fue entonces cuando me puse a llorar.

— ¿Dónde estás, hija? — preguntó más calmado.

—Estoy en comisaría. Me han detenido.

— ¿Qué tontería has hecho esta vez?

—No es ninguna tontería. Me he metido en un lío bien gordo. Necesito un abogado, papá.

—Dios mío, espero que no me estés gastando una broma. No te lo perdonaría — la voz de mi padre sonaba triste.

—Papá, no es ninguna broma. Trae un abogado cuanto antes, por favor. Quiero salir de aquí.

No escuché nada al otro lado del teléfono. Pensé que había colgado. Pero de nuevo se puso.

— No te muevas de allí.

—Papá, que no se ponga mamá. Que no se ponga — supliqué.

El agente cogió el teléfono. Yo me derrumbé enseguida. El agente habló con mi padre y corroboró datos. Luego, ese mismo agente le indicó dónde estaba la comisaría y cómo podía llegar más rápido sin tener que atravesar la ciudad.

Los oídos me pitaban. Y, finalmente, fui a parar a una celda y la suciedad volvió a hacerse presente ante mis ojos. Una mujer me miraba. Una prostituta, seguramente. Yo rehuí sus ojos oscuros. Ahora estaba sola, muy sola. Apoyé la cabeza en la pared. Me costaba respirar. Cerré los ojos y notaba cómo la sangre fluía por mis venas, cómo mi corazón bombeaba furioso, como un tambor de hojalata.

Qué sensación más extraña. Qué sensación de mierda. De vez en cuando, abría los ojos y la mujer seguía allí, mirándome. No sé si me dormí. No recuerdo si el tiempo pasó rápido o lento.

Mi padre llegó con un abogado, un amigo suyo de la infancia, un tipo afable, con el pelo canoso y nariz de pingüino.

Lloré al ver a mi padre, pero él aguantó el tipo. Me lo tenía merecido. Un policía nos llevó a otro de esos malditos cuartos. Nos sentamos. Pude besar a mi padre y abrazarlo. Yo seguía esposada. Mi padre, al ver las esposas, lloró, pero el abogado quería sacarme de allí cuanto antes, así que le dijo algo a mi padre al oído que lo hizo recomponerse.

Dos agentes, vestidos de oscuro, me hicieron toda clase de preguntas sobre Ethan. Yo no sabía nada de lo que me preguntaban. Me sonaba todo a chino.

El abogado me aconsejó que no contestara. Al cabo de veinte minutos, los agentes se marcharon, pero, antes de hacerlo, llamaron a quien me representaba y, en un apartado, le explicaron algunas cosas. Cuando terminaron de hablar, mi padre le preguntó a su amigo.

— ¿Cuándo nos la llevamos a casa?

—Siento decirlo que no va a ser fácil. Tu hija lo va a tener jodido. No sé si podré ayudarlos.

—Yo no he hecho nada — intervine antes de que me llevaran a la celda.

Mi padre se derrumbó a llorar, pensé que le iba a dar algo.

Caminaba cabizbaja. Un agente tiraba de mí hasta mi encierro. No pude despedirme de mi padre.

Mierda de vida, pensé. Y luego, en la celda, frente a la prostituta, cerré los ojos.

Esperaba evaporarme.

Continuará...

Agradecimientos.

Esta trilogía realmente nos encanta, por el apoyo y el cariño, GRACIAS. Sois los mejores.

Por el apoyo continuo y, sobre todo, por el cariño que nos demostráis, tenemos suerte de que estéis a nuestro lado.

Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton.